

LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS • FEBRERO DE 2001

LIAHONA



LIAHONA



EN LA CUBIERTA

Hermano José, por David Lindsley.
Cubierta posterior: José y Oliver Cowdery
en oración solemne,
por Del Parson.



CUBIERTA DE AMIGOS

Véase "Luz Karina Sánchez, de Yaguarón,
Paraguay", pág. 4. (Fotografía por
Richard y Mary Ann Whetten Lyman).

VÉASE LA PÁGINA 14



SECCIÓN GENERAL

- 2 MENSAJE DE LA PRIMERA PRESIDENCIA: LA PREPARACIÓN DEL CAMINO
PRESIDENTE THOMAS S. MONSON
- 14 TESTIGOS INSEPARABLES DE CRISTO ÉLDER JOHN M. MADSEN
- 25 MENSAJE DE LAS MAESTRAS VISITANTES: PONGÁMONOS TODA
LA ARMADURA DE DIOS
- 28 LAS PALABRAS DEL PROFETA VIVIENTE
- 30 VOCES DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS: HAGAMOS LO QUE EL SEÑOR
ESPERA DE NOSOTROS
CÓMO ME ENCONTRÓ EL LIBRO DE MORMÓN KWAME OPARE
LA CARIDAD Y EL PASTEL DEL CÍCLOPE NIKKI O. NELSON
SENTÍ CONSUELO, PERO ¿POR QUÉ? ALAN L. OLSEN
- 38 LOS FIELES PRIMEROS CREYENTES DONALD L. ENDERS
- 48 CÓMO UTILIZAR LA REVISTA LIAHONA DE FEBRERO DE 2001

SECCIÓN PARA LOS JÓVENES

- 8 EL DESCUBRIMIENTO DE LAS RAÍCES DEL EVANGELIO EN GRAN BRETAÑA
JANET THOMAS
- 22 PREGUNTAS Y RESPUESTAS: ¿POR QUÉ NUESTRO AMOROSO PADRE CELESTIAL
PERMITE QUE OCURRAN COSAS MALAS A GENTE INOCENTE?
- 26 EL COMPARTIR EL EVANGELIO CON PAPÁ SHEILA R. WOODARD
- 36 LÍNEA SOBRE LÍNEA: ANTES DEL NACIMIENTO
- 46 EL PODER DEL EJEMPLO CARLOS PÉREZ

AMIGOS

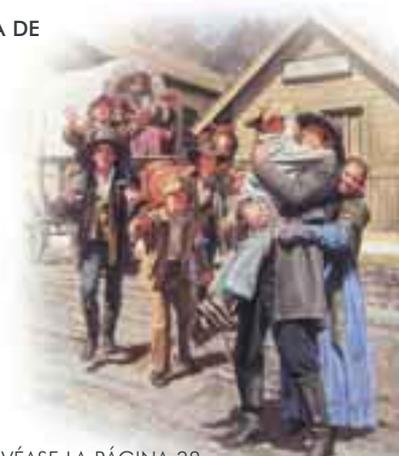
- 2 PARA LOS MÁS PEQUEÑOS: LA PRIMERA VISIÓN DE JOSÉ SMITH
DELORES DEVICTORIA
- 4 DE AMIGO A AMIGO: LUZ KARINA SÁNCHEZ, DE YAGUARÓN, PARAGUAY
MARY ANN WHETTEN LYMAN
- 7 FICCIÓN: A VECES ES BUENO SER DIFERENTE JANICE PORTER HAYES
- 10 TIEMPO PARA COMPARTIR: NUESTRO PADRE CELESTIAL HABLA
POR BOCA DEL PROFETA DIANE S. NICHOLS
- 12 RELATOS DEL NUEVO TESTAMENTO: JESÚS Y LA CASA DE
SU PADRE CELESTIAL; NICODEMO
- 16 "ESCUDRIÑAD ESTOS MANDAMIENTOS"



VÉASE LA
PÁGINA 46



VÉASE LA
PÁGINA 8



VÉASE LA PÁGINA 38

LIAHONA, febrero de 2001
Vol. 25, Número 12 21982-002
Publicación oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, en el idioma español.

La Primera Presidencia: Gordon B. Hinckley,
Thomas S. Monson, James E. Faust

El Quórum de los Doce Apóstoles:

Boyd K. Packer, L. Tom Perry, David B. Haight,
Neal A. Maxwell, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks,
M. Russell Ballard, Joseph B. Wirthlin, Richard G. Scott,
Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, Henry B. Eyring

Editor: Dennis B. Neuenschwander

Asesores: L. Lionel Kendrick, Yoshihiko Kikuchi,
John M. Madsen

Administradores del Departamento de Cursos de Estudio:

Director administrativo: Ronald L. Knighton

Director de redacción: Richard M. Romney

Director de artes gráficas: Allan R. Loyborg

Personal de redacción:

Editor administrativo: Marvin K. Gardner

Ayudante del editor administrativo: R. Val Johnson

Editor asociado: Roger Terry

Colaboradora de redacción: Jenifer Greenwood

Coordinadora de redacción/producción:

Shannon B. Booth

Ayudante de publicaciones: Collette Nabekker Aune

Personal de diseño:

Gerente de artes gráficas: M. M. Kawasaki

Diseño artístico: Scott Van Kampen

Diseñadora principal: Sharrri Cook

Diseñadores: Thomas S. Child, Randall J. Pixton

Gerente de producción: Jane Ann Peters

Producción: Reginald J. Christensen, Karl A. Couch,

Denise Kirby, Kelli Pratt, Claudia E. Warner

Preimpresión digital: Jeff Martin

Personal de subscripción:

Director de circulación: Kay W. Briggs

Gerente de distribución: Kris Christensen

Coordinación de Liahona: Enrique Resek

Para saber el costo de la revista y cómo suscribirse a ella fuera de Estados Unidos y Canadá, póngase en contacto con el Centro de Distribución local o con el líder del barrio o de la rama.

Las colaboraciones y los manuscritos deben enviarse a *Liahona*, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150-3223, USA; o por correo electrónico a: CUR-Liahona-1Mag@ldschurch.org

Liahona (un término del Libro de Mormón que significa "brújula" o "director") se publica en albanés, alemán, amarik, armenio, búlgaro, cebuano, coreano, checo, chino, danés, esloveno, español, estonio, fidji, finlandés, francés, haitiano, hiligayanón, holandés, húngaro, iloko, indonesio, inglés, islandés, italiano, japonés, kiribati, letón, lituano, malgache, marshallés, mongol, noruego, polaco, portugués, rumano, ruso, samoano, sueco, tagalo, tailandés, tahitiano, tongano, ucraniano y vietnamita. (La frecuencia de las publicaciones varía de acuerdo con el idioma.)

© 2000 por Intellectual Reserve, Inc. Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América.

Para los lectores de México: Certificado de Licitud de título número 6988 y Licitud de contenido número 5199, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y revistas ilustradas el 15 de septiembre de 1993. "Liahona" es nombre registrado en la Dirección de Derechos de Autor con el número 252093. Publicación registrada en la Dirección General de Correos número 100. Registro del S.P.M. 0340294 características 218141210.

For readers in the United States and Canada: February 2001 Vol. 25 No. 2. LIAHONA (USPS 311-480) Spanish (ISSN 0885-3169) is published monthly by The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150. USA subscription price is \$10.00 per year; Canada, \$15.50 plus applicable taxes. Periodicals Postage Paid at Salt Lake City, Utah, and at additional mailing offices. Sixty days' notice required for change of address. Include address label from a recent issue; old and new address must be included. Send USA and Canadian subscriptions and queries to Salt Lake Distribution Center at the address below. Subscription help line: 1-800-537-5971. Credit card orders (Visa, MasterCard, American Express) may be taken by phone. (Canada Poste Information: Publication Agreement #1604821)

POSTMASTER: Send address changes to Salt Lake Distribution Center, Church Magazines, PO Box 26368, Salt Lake City, UT 84126-0368.

COMENTARIOS



FALLECIMIENTO DEL HERMANO MANOÏ

Disfrutamos mucho el artículo del ejemplar de agosto de 1999 por R. Val Johnson y las fotografías de los miembros de la Iglesia en Nueva Caledonia. Servimos el primer año de nuestra misión en Nueva Caledonia antes de ser trasladados a Fidji. Recientemente nos entristecieron las noticias de que el hermano Teahumanu Manoï, uno de los líderes entrevistados en el artículo, había fallecido. Enviamos nuestras condolencias a la familia y amigos del hermano Manoï y a los misioneros que han servido en Nueva Caledonia.

*Élder Jerald Finlinson y
hermana Janet Hansen Finlinson,
Misión Fidji Suva*

LOS ARTÍCULOS DEL TIEMPO PARA COMPARTIR AYUDAN A LOS PEQUEÑOS INVESTIGADORES

Me gustaría expresar mi más profundo agradecimiento por los artículos que cada mes se imprimen en *Liahona*, en especial los artículos del Tiempo para compartir, los cuales me han ayudado enormemente con nuestros pequeños investigadores. Estos niños muestran el mayor de los intereses cuando compartimos los diferentes temas, dibujos y juegos con ellos.

He sido presidenta de la Primaria durante cuatro años, y es maravilloso saber que puedo contar con esta revista especial e importante. Nos ayuda en nuestros llamamientos, en nuestras clases y en todo lo que es importante en la Iglesia.

*Selene Villalobos de Quiñones,
Rama Fajardo,
Distrito Fajardo, Puerto Rico*

"LA LISTA DE BUENAS CUALIDADES"

Me siento muy agradecido por el artículo "La lista de buenas cualidades" del ejemplar de *Liahona* (en portugués) de marzo de 1999. Realmente aprendí a valorar mis talentos, los cuales han estado escondidos por muchos años a causa del temor y la vergüenza.

Nunca pensé en hallar nada tan interesante y notable en la revista de la Iglesia y les doy las gracias por ello. Ese mensaje era realmente lo que me estaba haciendo falta.

La revista es una bendición maravillosa para mí y para otros jóvenes, y estoy seguro de que sus mensajes del Evangelio son un cimiento para mi futura misión.

*Anderson Bispo dos Santos,
Barrio São Caetano,
Estaca Salvador Norte, Brasil*

APRENDO DE LAS EXPERIENCIAS DE LOS DEMÁS

Tengo 17 años y he sido miembro de la Iglesia durante seis años. Me encanta leer la revista *Liahona* porque es una manera de aprender de las experiencias de los demás. Siempre que leo la revista, me doy cuenta de que realmente es como una brújula que nos muestra el camino que debemos seguir.

*Ronald Luis Hinostroza Fortuna,
Barrio Bolívar,
Estaca San Luis, Lima, Perú*



La preparación del camino

por el presidente **Thomas S. Monson**
Primer Consejero de la Primera Presidencia

Amo la labor de la Primaria, en la que sus maestros instruyen a los niños a caminar en la luz del Evangelio de Cristo, enseñando a cada niño a cantar con convicción personal:

*Soy un hijo de Dios...
Guíenme; enséñenme
La senda a seguir
Para que algún día
Yo con Él pueda vivir¹.*

Parte de la pasión de los maestros de la Primaria consiste en preparar a los muchachitos para recibir el Sacerdocio Aarónico.

Bajo su dirección, se les pide a todos los niños que memoricen los Artículos de Fe de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Ustedes los han de recordar. Permítanme citar tan sólo dos de ellos:

“Nosotros creemos en Dios el Eterno Padre, y en su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo”².

“Creemos en ser honrados, verídicos, castos, benevolentes, virtuosos y en hacer el bien a todos los hombres; en verdad, podemos decir que seguimos la



Juan el Bautista predicó en cuanto a la fe, el arrepentimiento, el bautismo por inmersión y el otorgamiento del Espíritu Santo. Parte de la pasión de los maestros de la Primaria consiste en preparar a los muchachitos para recibir el Sacerdocio Aarónico, el mismo sacerdocio que poseía Juan el Bautista.

admonición de Pablo: Todo lo creemos, todo lo esperamos; hemos sufrido muchas cosas y esperamos poder sufrir todas las cosas. Si hay algo virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza, a esto aspiramos”³.

¿Pueden concebir un cimiento más firme, una filosofía más elemental para orientar a cualquiera de nosotros que los Artículos de Fe? ¡Qué maravilloso don nos legan los maestros cuando establecen que cada niño sepa tales normas y por cierto viva conforme a ellas. Sin duda, los maestros aceptan el mandato divino: “Pastorea mis ovejas”; “apacienta mis corderos”⁴.

Algunos pueden preguntarse: ¿Cuál es la trascendencia del Sacerdocio Aarónico que hace necesaria tal preparación? ¿Es acaso tan importante para la vida de un muchacho? El Sacerdocio de Aarón “es una dependencia del... Sacerdocio de Melquisedec, y tiene el poder para administrar las ordenanzas exteriores”⁵. Juan el Bautista era descendiente de Aarón y tenía en su poder las llaves del Sacerdocio Aarónico. Quizás podríamos repasar la vida y la misión de Juan a fin de que la importancia del Sacerdocio Aarónico se pueda percibir más plenamente.

Hace muchos años y a mucha distancia de este lugar, en la conquistada tierra de Palestina, ocurrió un maravilloso milagro. El escenario era sombrío; la época tumultuosa. En éstos, los días de Herodes, rey de Judea, vivía un sacerdote llamado Zacarías y su esposa, Elisabet. “Ambos eran justos delante de Dios”⁶. Sin embargo, por largos años anhelaron un hijo, sin haberse convertido ese sueño en realidad.

Entonces llegó aquel día de días que sería recordado para siempre. Se le apareció a Zacarías el ángel Gabriel, quien proclamó: “Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan...

“porque será grande delante de Dios”⁷.

Elisabet concibió y en su debido tiempo dio a luz un hijo que, conforme a las instrucciones del ángel, recibió el nombre de Juan.

Tal como en el caso del Maestro Jesucristo, lo mismo ocurrió con el siervo Juan; es muy poco lo que se registró sobre sus años de adolescencia. Una sola frase encierra todo lo que sabemos de la vida de Juan por espacio de

treinta años: la totalidad del tiempo transcurrido entre su nacimiento y el momento en que emprendió su jornada hacia el desierto para comenzar su ministerio entre los hombres: “Y el niño crecía, y se fortalecía en espíritu; y estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel”⁸.

Su vestimenta era similar a la de los antiguos profetas: una prenda confeccionada con tela hecha con pelo de camello. Su alimento consistía de lo único que el desierto era capaz de ofrecer: langostas y miel silvestre. Su mensaje era breve; predicaba en cuanto a la fe, el arrepentimiento, el bautismo por inmersión y el otorgamiento del Espíritu Santo por medio de una autoridad superior a la que él poseía.

“Yo no soy el Cristo”, declaró a sus fieles discípulos, “sino que soy enviado delante de él”⁹. “Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene uno más poderoso que yo”¹⁰. “...él os bautizará en Espíritu Santo y fuego”¹¹.

Luego allí ocurrió el punto culminante de la misión de Juan: el bautismo de Cristo. Jesús vino de Galilea expresamente “para ser bautizado” por Juan. Humilde de corazón y de espíritu contrito, Juan manifestó: “Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?”. El Maestro contestó: “...así conviene que cumplamos con toda justicia”¹².

“Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él.

“Y hubo una voz de los cielos, que decía: Éste es mi hijo amado, y en quien tengo complacencia”¹³.

Juan declaró con audacia el testimonio que tenía de que Jesús era el Redentor del mundo. Sin miedo y con valor, enseñó: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”¹⁴.

El Salvador testificó luego de Juan: “Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista”¹⁵.

El ministerio público de Juan llegaba a su punto final. En los primeros días de ese ministerio había condenado la hipocresía y lo mundanal de los fariseos y saduceos, y tenía ahora la oportunidad de denunciar la lascivia de un rey. El resultado es por todos bien conocido.



Qué maravilloso don nos legan los maestros cuando establecen que cada niño sepa y por cierto viva conforme a las normas que se encuentran en los Artículos de Fe. Ellos acatan el mandato divino: “Pastorea mis ovejas”; “apacienta mis corderos”.

La combinación de la cobardía de un rey y la furia de una mujer trajeron aparejada la muerte de Juan.

El sepulcro en el que colocaron su cuerpo no lo pudo retener, así como tampoco pudo el acto de asesinato acallar su voz. Declaramos al mundo que el 15 de mayo de 1829 en Harmony, estado de Pensilvania, un ángel, que declaró ser Juan, “el mismo que es llamado Juan el Bautista en el Nuevo Testamento”, vino como ser resucitado a visitar a José Smith y a Oliver Cowdery. “El ángel explicó que obraba bajo la dirección de Pedro, Santiago y Juan, los Apóstoles de la antigüedad, quienes poseían las llaves del sacerdocio mayor, que era conocido como el Sacerdocio de Melquisedec”¹⁶. El Sacerdocio de Aarón fue restaurado a la tierra.

Gracias a tan memorable acontecimiento, se me otorgó el privilegio de poseer el Sacerdocio Aarónico, al igual que millones de jóvenes en estos últimos días. Mi ex presidente de estaca, el fallecido Paul C. Child, me enseñó el trascendental significado de este sacerdocio.

Cuando estaba por cumplir los dieciocho años de edad y me preparaba para entrar en el servicio militar durante la Segunda Guerra Mundial, se me recomendó para recibir el Sacerdocio de Melquisedec. Yo debía ponerme en contacto con el presidente Child para hacer los arreglos para una entrevista.

Él en verdad comprendía y amaba las Escrituras y pensaba que los demás también debían sentir lo mismo que él. Estando enterado por otras personas sobre las inquisitivas y detalladas entrevistas que él efectuaba, nuestra conversación telefónica se desarrolló más o menos de la siguiente forma:



Jesús vino de Galilea expresamente “para ser bautizado” por Juan. Humilde de corazón y de espíritu contrito, Juan manifestó: “Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?”. El Maestro contestó: “...así conviene que cumplamos con toda justicia”.

“Hola, presidente Child. Le habla el hermano Monson. El obispo me ha pedido que haga los arreglos para tener una entrevista con usted”.

“Muy bien, hermano Monson. ¿Cuándo puede venir a verme?”.

Sabiendo que su reunión sacramental comenzaba a las seis de la tarde, y queriendo verme expuesto lo menos posible a que descubriera mi falta de conocimiento de las Escrituras en la entrevista, le sugerí: “¿Qué le parece a las cinco?”.

Su respuesta fue: “Pero, hermano Monson, eso no nos daría tiempo para examinar las Escrituras. ¿Qué le parece si viene a las dos de la tarde? Y no olvide traer sus libros canónicos, los que ya habrá de tener marcados y con sus referencias”.

Finalmente llegó el domingo y me dirigí al hogar del presidente Child, ubicado en la Avenida Indiana. Fui cálidamente recibido y luego dio comienzo la entrevista. Me dijo: “Hermano Monson, usted posee el Sacerdocio



Aarónico. ¿Ha tenido usted alguna vez ángeles que le ministraran?”.

“No, presidente Child”, fue mi respuesta.

“¿Sabe usted”, me dijo, “que tiene derecho a tal privilegio?”

Una vez más mi respuesta fue negativa.

Entonces me pidió: “Hermano Monson, repita de memoria la sección trece de Doctrina y Convenios”.

Comencé diciendo: “Sobre vosotros, mis consiervos, en el nombre del Mesías, confiero el Sacerdocio de Aarón, el cual tiene las llaves del ministerio de ángeles...”¹⁷.

“Basta”, indicó el presidente Child; entonces, con un tono de voz calmado y bondadoso, me aconsejó: “Hermano

Monson, jamás olvide que como poseedor del Sacerdocio Aarónico usted tiene derecho a la ministración de ángeles”. Era como si un ángel estuviera en aquella habitación ese día. Jamás he olvidado la entrevista; aún puedo sentir el espíritu de esa solemne ocasión. Venero el sacerdocio del Dios Todopoderoso; he sido testigo de su poder; he visto su fortaleza; me he maravillado ante los milagros que ha realizado.

Hace casi 50 años conocí a un muchacho, un presbítero, que poseía la autoridad del Sacerdocio Aarónico. Siendo yo su obispo, era también su presidente del quórum. Ese joven, llamado Robert, era tartamudo; no tenía ningún control. Tenía complejo de inferioridad, era tímido, tenía miedo de sí mismo y de la gente, y le abrumaba sobremedida el impedimento que tenía en el habla. Jamás cumplió una asignación; nunca se atrevía a mirar a nadie a los ojos; siempre se le veía cabizbajo. Mas un día, tras una serie de circunstancias poco comunes, aceptó la asignación de ejercer su responsabilidad de presbítero para bautizar a otra persona.

Me senté a su lado en el bautisterio del sagrado Tabernáculo. Él llevaba ropa de blanco inmaculado y estaba listo para la ordenanza que estaba a punto de llevar a cabo. Le pregunté cómo se sentía. Con la cabeza gacha y tartamudeando al punto de que su habla era casi incoherente, me dijo que se sentía terriblemente nervioso.

Juntos oramos fervientemente a fin de que pudiera cumplir con su deber. Entonces, el que oficiaba leyó las palabras: “Ahora, Nancy Ann McArthur será bautizada por el hermano Robert Williams, presbítero”. Robert se alejó de mi lado, se metió en la pila, tomó a la pequeña Nancy de la mano y la ayudó a entrar en el agua que limpia la vida del ser humano y proporciona un renacimiento espiritual. Elevó entonces su mirada como hacia los cielos, y manteniendo su brazo derecho en forma de escuadra, pronunció las palabras: “Nancy Ann McArthur, habiendo sido comisionado por Jesucristo, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”¹⁸. No tartamudeó ni una sola vez; no titubeó; no vaciló; se había manifestado un milagro moderno.

En el vestuario, al felicitar a Robert, esperé escucharle hablar de la misma forma ininterrumpida, pero me equivoqué. Miró hacia abajo y balbuceó una respuesta de gratitud.

Testifico que cuando Robert actuó en virtud de la autoridad del Sacerdocio Aarónico, habló con poder, con convicción y contó con ayuda celestial.

Tal es el legado de uno llamado Juan, sí, Juan el Bautista. Oímos su voz hoy en día; nos enseña la humildad, da lugar al valor, inspira la fe.

Es mi ruego que sintamos la motivación de su mensaje; que seamos inspirados por su misión; que seamos edificados mediante el ejemplo de su vida hasta llegar a apreciar en su magnitud el Sacerdocio Aarónico y su divino poder. □

NOTAS

1. “Soy un hijo de Dios”, *Himnos*, 196.
2. Artículos de Fe 1:1.
3. Artículos de Fe 1:13.
4. Véase Juan 21:15–16.
5. D. y C. 107:14.
6. Lucas 1:6.
7. Lucas 1:13, 15.
8. Lucas 1:80.
9. Juan 3:28.
10. Lucas 3:16.
11. Mateo 3:11.
12. Véase Mateo 3:13–15.
13. Mateo 3:16–17.
14. Juan 1:29.
15. Mateo 11:11.
16. D. y C. 13, encabezamiento de la sección.
17. D. y C. 13:1.
18. Véase D. y C. 20:73.

IDEAS PARA LOS MAESTROS ORIENTADORES

1. Los maestros y las maestras de la Primaria ayudan a los padres a enseñar el Evangelio de Jesucristo a los niños.

2. Entre las enseñanzas del Evangelio se destaca la importancia del Sacerdocio Aarónico y el ministerio de Juan el Bautista.

3. El ministerio de Juan el Bautista nos enseña humildad, valor y fe.

EL DESCUBRIMIENTO DE LAS RAÍCES DEL EVANGELIO EN GRAN BRETAÑA

LOS PROFETAS CAMINARON POR ESTA TIERRA;
AHORA ESTOS JÓVENES SIGUEN SUS PASOS.

por Janet Thomas



Una brillante mañana de un día sábado, los jóvenes de la Estaca Cardiff, Gales, con el almuerzo guardado en las mochilas y llenos de entusiasmo por la excursión, partieron hacia una actividad especial para conmemorar la restauración del Sacerdocio Aarónico y descubrir las raíces del Evangelio en las Islas Británicas.

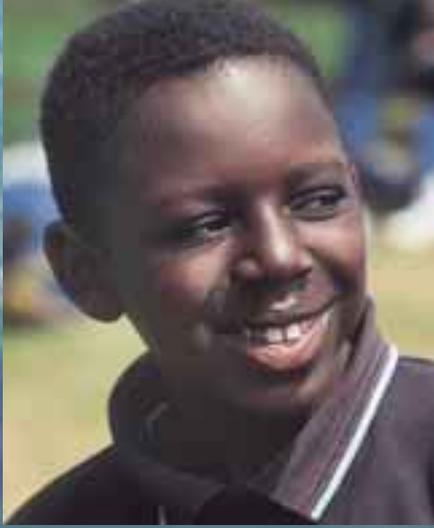
Esas raíces son profundas, de hace 160 años, a la época en que Wilford Woodruff (1807–1898) y Brigham Young (1801–1877) caminaron por las carreteras que ahora recorre el autobús de los muchachos. Tanto el élder Young como el élder Woodruff, que en aquel tiempo eran miembros del Quórum de los Doce Apóstoles, llegaron a ser Presidentes de la Iglesia.

Dado que hay muchos jóvenes en un solo vehículo, el nivel de ruido es elevado a medida que el autobús cruza la frontera de Gales con Inglaterra. Todos hablan y se lo pasan bien. A los jóvenes les encanta estar juntos en cada ocasión que se les presente y les gusta estar con amigos que comparten sus creencias.

Charlotte Forward, de 15 años, del Barrio Cwmbrian, disfruta de la compañía de sus amigas Kathryn Elliott, del Barrio Blackwood, y Rachel Griffiths, del Barrio Newport-

Gwent. Generalmente sólo se ven en las actividades de estaca, y pasar todo el día juntas es como un gran premio. Charlotte dice: “Gales es un lugar bonito para vivir; es tan agradable convivir con todos. Todos nos llevamos bien en la estaca. Yo soy de la séptima generación en la Iglesia. Algunos de mis antepasados emigraron a Utah, pero otros se quedaron; parece que ahora tengo muchos parientes por todas partes”.

El autobús llega al pueblo de Ledbury, un pequeño pueblo bastante común en estos días, excepto por el bonito pórtico envejecido del mercado de la calle principal. Andrew Dearden, el presidente de los Hombres Jóvenes de la estaca, les dice a los jóvenes que los primeros misioneros de esta zona predicaron en la plaza del mercado. Unos cuantos de los hombres jóvenes, que en unos años estarán sirviendo como misioneros, salen



Los primeros misioneros en Gran Bretaña predicaron en el pueblo Ledbury (arriba, recuadro central). En los cerros Malvern (fondo y extremo izquierdo), Wilford Woodruff dedicó la zona para la enseñanza del Evangelio.



del autobús y caminan bajo el viejo tejado del mercado. ¿Tendrían el valor de permanecer en ese lugar y hablar con las personas del pueblo sobre el Evangelio? ¿Cómo reaccionarían si las personas no quisieran escuchar?

Algunas de las personas de hace 160 años que oyeron a Wilford Woodruff dar un único sermón pidieron ser bautizadas. Los jóvenes están sorprendidos de que los misioneros tuvieran tanto éxito proclamando el Evangelio. Clive Wilkinson, de 18 años, que tiene el deseo de servir en una misión, está atónito al pensar en los cientos de personas de esa región que en aquel entonces escucharon a los misioneros y creyeron.

“Resulta sorprendente que la gente se convirtiera por escuchar tan sólo un discurso”, dice Clive. “Soy misionero

de estaca y cuando salgo con los misioneros, no se parece en nada a eso. Tenemos suerte si logramos entrar en una puerta. Es increíble que

los misioneros de entonces pudieran llegar hasta aquí con esa nueva religión de la cual nadie había oído y la gente tuviera la fe suficiente para creerles y ser convertidos tan rápidamente”.

Las siguientes dos paradas son diferentes entre sí, pero ambas se mencionan con frecuencia en la historia de la Iglesia. La primera parada estaba en los cerros de Malvern. Desde ese lugar, Wilford Woodruff dedicó la zona para la enseñanza del Evangelio. Después del almuerzo, los jóvenes comienzan una caminata a pie, dejando los caminos y las casas atrás en dirección a las verdes y frondosas lomas. Desde allí observan en una

Los cerros Malvern

Los cerros Malvern son una elevada cadena montañosa situada al suroeste de Inglaterra, cubiertos de hierba, y que ofrecen una vista espectacular en cincuenta kilómetros a la redonda. El lugar más elevado es Herefordshire Beacon.

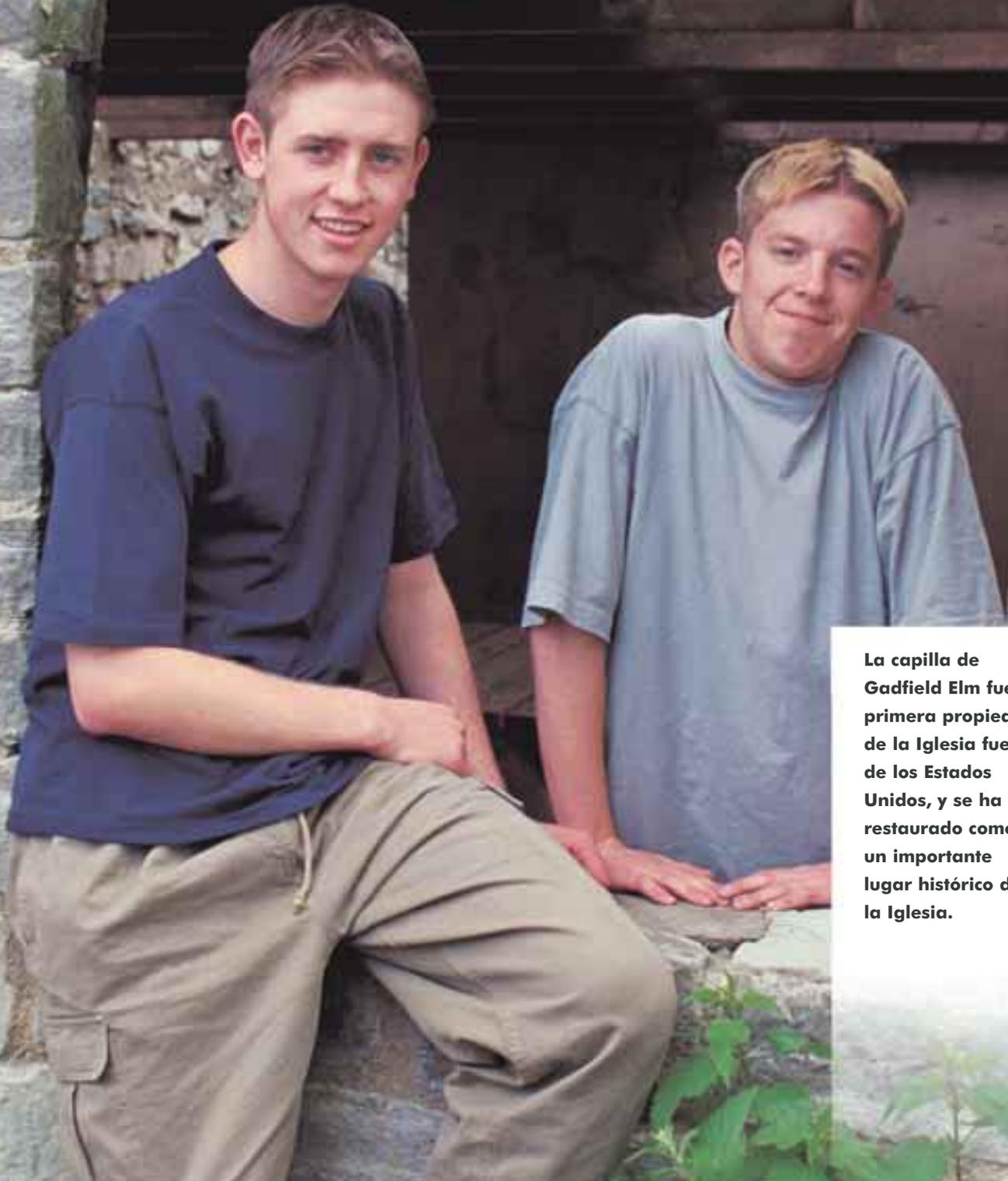
Wilford Woodruff escribió en marzo de 1840 en cuanto a su ascensión a la cima de los cerros Malvern: “En mi camino hacia Colwell el día 9, examiné con detalle la naturaleza y el poder del Creador mientras estaba en la cumbre del cerro Malvern, a una altura de entre 1200 y 1500 pies [de 360 a 460 metros] sobre el nivel del mar. El paisaje circundante se presentaba ante mi vista, extendiéndose por



muchas millas... Mientras estaba sobre ese cerro bien conocido, contemplando la enorme y encantadora vista que tenía ante mí, comenzó a tronar y a relampaguear abajo en el valle, sobre el cual la lluvia cayó a raudales. La solemnidad y la grandeza de esa escena era impresionante mientras permanecía en el cerro, por encima de las nubes, contemplando las hermosas obras del Creador y Su majestuosidad

en la tormenta” (citado en *Wilford Woodruff*, págs. 148–149).

Sobre el cerro Beacon, los élderes Brigham Young, Wilford Woodruff y Willard Richards (1804–1854), todos ellos del Quórum de los Doce Apóstoles, después de haber orado, decidieron autorizar la impresión del Libro de Mormón y de un himnario en Gran Bretaña. Esos hermanos no tenían acceso a un templo, por lo que con frecuencia se retiraban a los cerros Malvern para tratar con el Señor varias decisiones de importancia. Esos cerros, y en especial el cerro Beacon, son lugares sagrados de la historia de la Iglesia.



La capilla de Gadfield Elm fue la primera propiedad de la Iglesia fuera de los Estados Unidos, y se ha restaurado como un importante lugar histórico de la Iglesia.



CAPILLA DE GADFIELD ELM, POR AL ROUNDS.

Capilla de Gadfield Elm

La capilla de Gadfield Elm fue construida en 1836 por una congregación cristiana llamada los Hermanos Unidos. La capilla, que fue donada a la Iglesia por los Hermanos Unidos, quienes se unieron a la Iglesia durante la primavera y el verano de 1840, fue utilizada extensivamente hasta que la mayoría de los recién bautizados emigraron a Nauvoo. En ese tiempo, la capilla se vendió para recaudar fondos para la emigración.

Aunque la capilla de Gadfield Elm quedó abandonada y en un estado de deterioro, los miembros locales la compraron en 1995 y la restauraron con el aspecto que tenía hace 160 años, basándose en dibujos y descripciones originales. En abril de 2000, el élder Jeffrey R. Holland, del Quórum de los Doce Apóstoles, y descendiente de uno de los líderes originales de los Hermanos Unidos, rededicó la capilla, la cual se utilizará en ocasiones para reuniones de la Iglesia; las personas que estén interesadas en la historia de la Iglesia también pueden visitar el lugar.

dirección y pueden ver el condado de Herefordshire, Inglaterra, desplegándose ante sus pies. Entonces se vuelven hacia donde se encuentran sus hogares y pueden ver Gales.

La segunda parada es la granja de John Benbow. Aunque la granja es ahora propiedad privada, la Iglesia ha adquirido el pequeño estanque en el que se bautizaron cientos de conversos, y a la vez se encarga de mantenerlo. Los jóvenes descansan sobre la hierba recién cortada e intentan imaginar la impresionante escena de cuando Wilford Woodruff fue misionero en ese lugar.

El élder Woodruff escribió en su diario que sintió que el Señor le guió hasta ese lugar. Él viajó muchos kilómetros en carruaje y recorrió otros tantos a pie. Conoció a John Benbow, un granjero rico quien, junto con su esposa Jane, pertenecía a un numeroso grupo de personas que se había apartado de las denominaciones religiosas tradicionales de la época. Wilford Woodruff anotó:

“[John Benbow] avisó en el vecindario que un misionero americano iba a predicar en su casa esa noche, y a medida que se acercaba el momento, muchos de los vecinos iban llegando y yo prediqué mi primer sermón sobre el Evangelio en la casa. Prediqué también en el mismo lugar la noche siguiente y bauticé a seis personas, entre ellas el señor John Benbow, su esposa y cuatro predicadores de los Hermanos Unidos...”.

“A la iglesia parroquial del vecindario del hermano

Wilford Woodruff fue guiado a una región en la que toda una congregación religiosa había sido preparada para recibir el Evangelio. Bautizó a aproximadamente 600 personas en el estanque de la granja de John Benbow (arriba, en medio).



Benbow, presidida por el párroco principal, asistieron durante el día únicamente unas quince personas, mientras que una congregación mayor, de alrededor de 1000 personas, asistió a mis reuniones durante todo el día y el atardecer” (citado en Matthias F. Cowley, *Wilford Woodruff: History of His Life and Labors*, 1964, págs. 117–118).

Muchos de esos mil oyentes se bautizaron y los conversos formaron unas de las primeras ramas de la Iglesia en Inglaterra. John y Jane Benbow y Thomas Kington financiaron también la primera edición Británica del Libro de Mormón y un himnario Santo de los Últimos Días.

Durante esos primeros meses de 1840, Wilford Woodruff predicó y bautizó a todos los miembros de aquel grupo separatista, con excepción de un hombre, haciendo un total de aproximadamente 600 personas. El élder Woodruff también bautizó a más de 1200 personas de otras denominaciones. Muchos de los que se bautizaron vendieron sus tierras y posesiones y partieron de Inglaterra para congregarse en Nauvoo, donde se convirtieron en firmes pilares de la Iglesia. Luego fueron expulsados de Nauvoo, cruzaron las llanuras y establecieron nuevas comunidades en el oeste de los Estados Unidos. Hoy día se percibe su influencia por toda la tierra y muchos de sus descendientes continúan realizando la obra del Señor.

Aunque no hay mucho que ver excepto el estanque en la granja Benbow, los jóvenes están tranquilos. El espíritu apacible del lugar parece penetrar en cada corazón. “Se siente algo muy especial”, dice Suzy Taylor, del Barrio Blackwood, “al pensar en esas personas que estuvieron aquí antes que nosotros. Es hermoso conocer los lugares de los que hablan nuestros líderes”.

La última parada es en lo que queda de la capilla de Gadfield Elm. En el momento de la visita tan sólo quedan de pie algunos muros. El tejado ha desaparecido y en el interior han crecido hierbas malas. La capilla fue la primera propiedad de la Iglesia fuera de los Estados

Unidos. Resulta fácil imaginar cómo debió de haber sido hace 160 años, cuando las personas caminaban por el tortuoso camino hacia la capilla. Es

un poco más difícil imaginar el poder y el espíritu que debieron haberse sentido cuando Wilford Woodruff predicaba allí. En una tarde, la gente conoció la verdad y esa verdad cambió el curso de sus vidas.

Las semillas que se plantaron en aquel entonces aún florecen en los jóvenes que regresan a visitar los lugares en los que ocurrieron semejantes milagros. “Es sorprendente”, dice Joseph Parry, de la Rama Caerphilly. “Siempre he pensado en la historia de la Iglesia como algo americano, pero también es de Gran Bretaña”. □

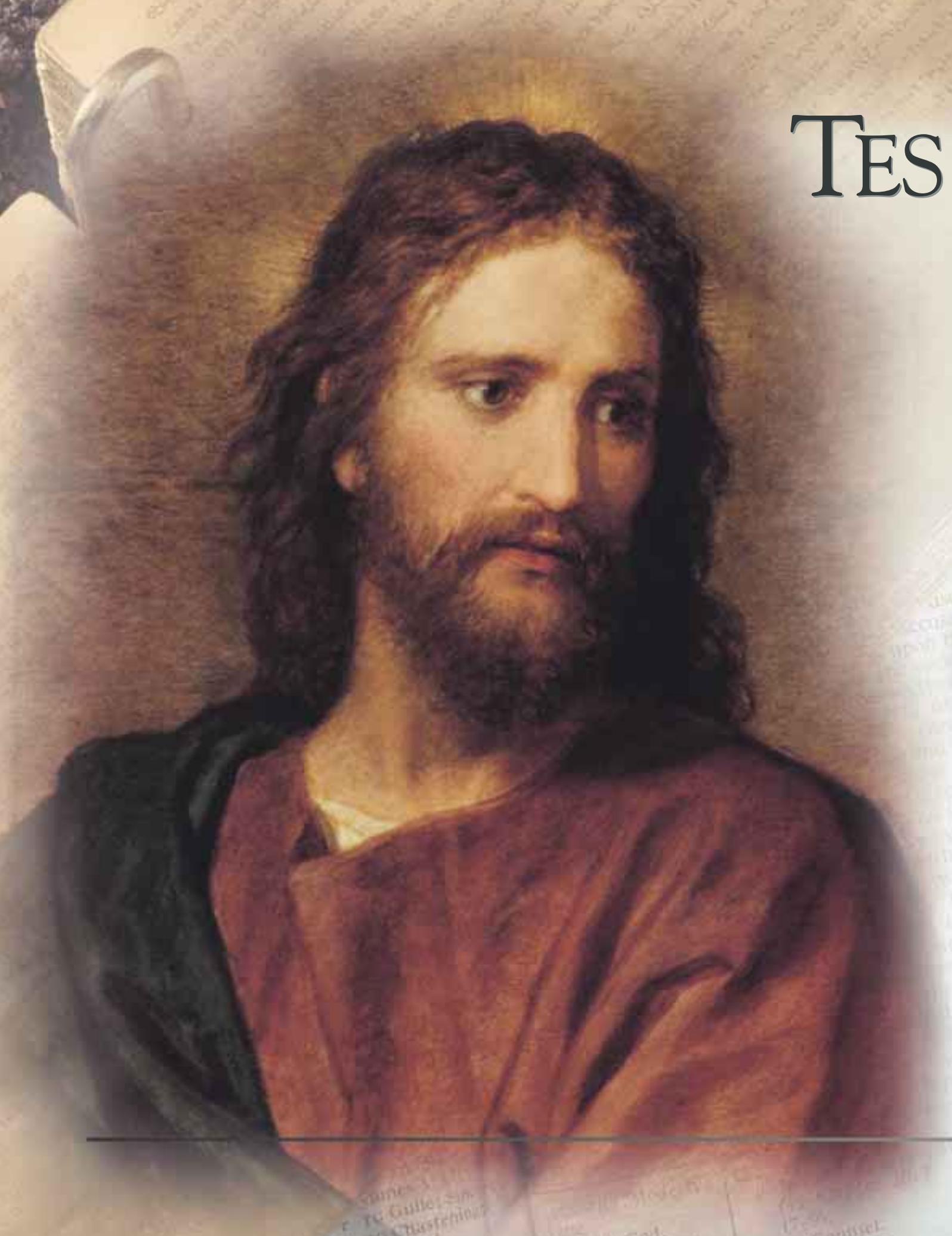


GRANJA BENBOW, POR FRANK MAGELEY.

Estanque en la granja de John Benbow

Este pequeño depósito de agua situado en la granja de John Benbow fue el escenario de cientos de bautismos en 1840. El 5 de marzo, Wilford Woodruff bautizó a John y a Jane Benbow y a cuatro predicadores de la congregación local de un grupo llamado los Hermanos Unidos. El élder Woodruff pasó la mayor parte del día siguiente, tal y como él mismo escribió, “limpiando una charca y preparándola para los bautismos, pues veía que muchos iban a recibir esa ordenanza. Después de eso, bauticé a 600 personas en aquel estanque” (citado en *Wilford Woodruff*, pág. 117).

TES



TIGOS INSEPARABLES DE CRISTO

por el élder John M. Madsen de los Setenta

Doctrina y Convenios testifica de la veracidad del Libro de Mormón, y ambos libros dan testimonio del Salvador.

Doctrina y Convenios y el Libro de Mormón son testigos inseparables y poderosos de la divinidad de Jesucristo y de Su gran obra en los últimos días. Estos dos volúmenes de Escritura

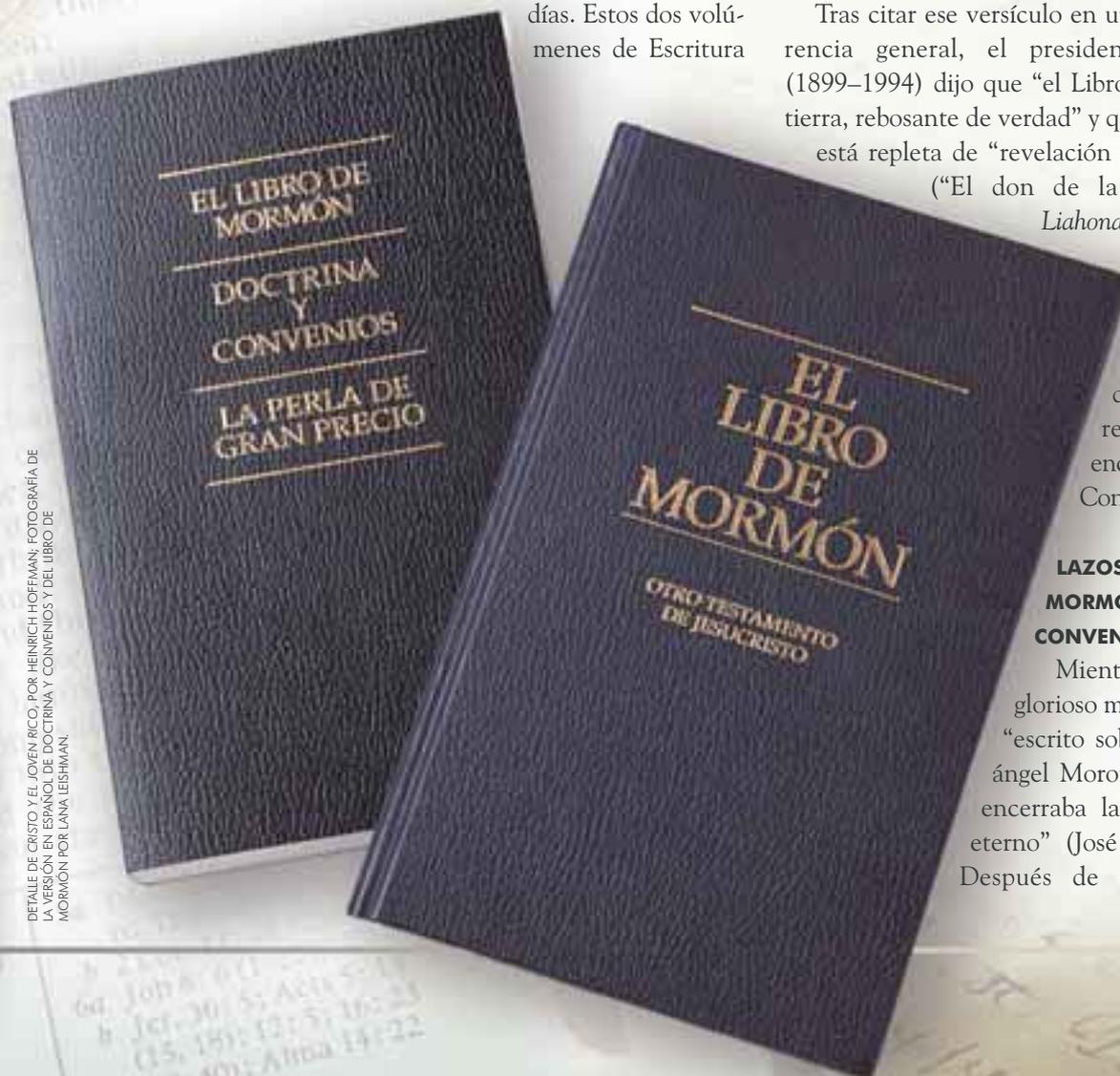
cumplen, al menos en parte, una promesa que el Señor le hizo a Enoc: “y justicia enviaré desde los cielos; y la verdad hará brotar de la tierra para testificar de mi Unigénito, de su resurrección de entre los muertos, sí, y también de la resurrección de todos los hombres; y haré que la justicia y la verdad inunden la tierra como con un diluvio, a fin de recoger a mis escogidos de las cuatro partes de la tierra” (Moisés 7:62).

Tras citar ese versículo en un discurso de una conferencia general, el presidente Ezra Taft Benson (1899–1994) dijo que “el Libro de Mormón salió de la tierra, rebotante de verdad” y que Doctrina y Convenios está repleta de “revelación tras revelación de Dios” (“El don de la revelación moderna”, *Liahona*, enero de 1987, pág. 81).

Podemos aprender muchas cosas en cuanto a la importancia del Libro de Mormón al leer las revelaciones que se encuentran en Doctrina y Convenios.

LAZOS ENTRE EL LIBRO DE MORMÓN Y DOCTRINA Y CONVENIOS

Mientras daba a conocer su glorioso mensaje acerca de un libro “escrito sobre planchas de oro”, el ángel Moroni “declaró que en él se encerraba la plenitud del evangelio eterno” (José Smith—Historia 1:34). Después de especificar los medios



DETALLE DE CRISTO Y EL JOVEN RICO, POR HEINRICH HOFFMAN; FOTOGRAFÍA DE LA VERSIÓN EN ESPAÑOL DE DOCTRINA Y CONVENIOS Y DEL LIBRO DE MORMÓN POR LANA LEISHMAN

mediante los cuales se traduciría el libro, Moroni comenzó a citar profecías del Antiguo y del Nuevo Testamento. Primero citó del tercer capítulo de Malaquías y luego del cuarto. La sección 2 de Doctrina y Convenios contiene un breve registro de esa visita.

Entonces, en el verano de 1828, el profeta José Smith recibió dos revelaciones adicionales con relación a la traducción del Libro de Mormón: las secciones 3 y 10 tienen que ver con las 116 páginas del manuscrito que le fueron confiadas a Martin Harris para que pudiera “llevar los escritos a su hogar y mostrarlos” (*History of the Church* 1:21).

En febrero de 1829, Joseph Smith, padre, visitó a su hijo, siendo plenamente consciente de todo lo que había ocurrido: la visión del Padre y del Hijo al joven José, la promesa de la que habló el Señor de “que la plenitud del Evangelio se daría a conocer en un tiempo futuro” (*History of the Church*, 4:536), las visitas del ángel Moroni, el recibimiento de las planchas de oro, la obra de traducción, la pérdida de las 116 páginas del manuscrito, y la desaparición y posterior devolución de las planchas y del Urim y Tumim. En esa ocasión, el profeta José consultó al Señor en favor de su padre y recibió la sección 4, la cual comienza diciendo: “He aquí, una obra maravillosa está a punto de aparecer entre los hijos de los hombres”. La traducción del Libro de Mormón era una gran parte de esa grande y maravillosa obra de la Restauración.

En marzo de 1829, Martin Harris estaba profundamente arrepentido y apenado por la pérdida de las 116 páginas de la traducción, y de nuevo viajó a Harmony, Pensilvania, donde suplicó a José que consultara al Señor en su favor. De nuevo el Profeta recibió otra revelación, la sección 5, en la que Martin Harris fue llamado a testificar

de las planchas de oro si se arrepentía y humillaba ante el Señor.

En abril de 1829, Oliver Cowdery, al enterarse que José había recibido las planchas, viajó a Harmony, Pensilvania, y de inmediato tomó parte en la obra de la traducción, ayudando a José como su escriba (véase *History of the Church*, 1:32–33). Durante ese mes se recibieron las secciones 6, 8 y 9 como respuesta a las preguntas que surgieron durante la traducción del Libro de Mormón.

La sección 13 es otro maravilloso ejemplo de revelación dada al Profeta como respuesta a preguntas que se presentaron durante la traducción del Libro de Mormón. José dijo: “El mes siguiente (mayo de 1829), encontrándonos todavía realizando el trabajo de la traducción, nos retiramos al bosque un cierto día para orar y preguntar al Señor acerca del bautismo para la remisión de los pecados, del cual

vimos que se hablaba en la traducción de las planchas. Mientras en esto nos hallábamos, orando e implorando al Señor, descendió un mensajero del cielo en una nube de luz y, habiendo puesto sus manos sobre nosotros, nos ordenó diciendo:

“Sobre vosotros, mis consiervos, en el nombre del Mesías, confiero el Sacerdocio de Aarón, el cual tiene las llaves del ministerio de ángeles, y del evangelio de arrepentimiento, y del bautismo por inmersión para la remisión de pecados” (José Smith—Historia 1:68–69; cursiva agregada al versículo 68; véase también D. y C. 13).

Ese mensajero celestial, quien se identificó como “Juan, el mismo que es llamado Juan el Bautista en el Nuevo Testamento”, explicó a José y a Oliver “que obraba bajo la dirección de Pedro, Santiago y Juan, quienes poseían las llaves del Sacerdocio de Melquisedec, el cual nos sería conferido en la ocasión

Mientras daba a conocer su glorioso mensaje acerca de un libro “escrito sobre planchas de oro”, el ángel Moroni “declaró que en él se encerraba la plenitud del evangelio eterno”.

oportuna" (*History of the Church*, 1:40). De este modo, la salida a luz del Libro de Mormón no sólo dio como resultado las numerosas revelaciones que aparecen en Doctrina y Convenios, sino que también fue el catalizador de la restauración de los santos sacerdocios, el de Aarón y el de Melquisedec, como preparación para el restablecimiento de la Iglesia y reino de Dios en estos últimos días.

Las secciones 14, 15, 16, 17, 18, 19 y 20 ilustran más a fondo la relación que existe entre la salida a luz del Libro de Mormón y Doctrina y Convenios.

ENSEÑANZAS SOBRE LA IMPORTANCIA DEL LIBRO DE MORMÓN

Un poco más de un año y medio después de la traducción y publicación del Libro de Mormón y de la



MORONI VISITA A JOSÉ SMITH, POR DALE KILBOURN; RECUADRO: JOSÉ SMITH RECIBIENDO LAS PLANCHAS, POR KENNETH RILEY.

organización de la Iglesia, el Señor reveló Su “prefacio” para Doctrina y Convenios, según se encuentra en la sección 1. En ese prefacio revelado, el Señor testifica que el profeta José Smith recibió el poder para traducir el Libro de Mormón “mediante la misericordia y el poder de Dios” (D. y C. 1:29).

En la sección 3, el Señor declaró algunas de las razones por las que sacó a luz el Libro de Mormón:

“...por cuanto el conocimiento de un Salvador ha venido al mundo, mediante el testimonio de los judíos, así también llegará a mi pueblo el conocimiento de un Salvador,

“y a los nefitas... mediante el testimonio de sus padres,

“y este testimonio llegará al conocimiento de los lamanitas...

“Y para este propósito mismo se preservan estas planchas que contienen esta historia, a fin de que se cumplan



las promesas del Señor a su pueblo;

“y para que los lamanitas lleguen al conocimiento de sus padres, y sepan de las promesas del Señor, y crean en el evangelio y tengan confianza en los méritos de Jesucristo, y sean glorificados por medio de la fe en su nombre, y se salven mediante su arrepentimiento” (D. y C. 3:16–20; cursiva agregada).

En la sección 5, el Señor tiene mucho que decir sobre la importancia del Libro de Mormón en la restauración del Evangelio. El Señor le recordó a José: “tienes *un don para traducir las planchas*; y éste es el primer don que te conferí; y te he mandado no profesar tener ningún otro don sino hasta que mi propósito [la traducción y publicación del Libro de Mormón] se cumpla” (D. y C. 5:4; cursiva agregada). El Señor le dejó bien claro a Su siervo José Smith que el Libro de Mormón tenía que ser traducido y estar disponible antes de que Su gran obra de los últimos días siguiera adelante.

También en la sección 5, versículos del 5 al 16, el Señor explicó por qué el Libro de Mormón es tan importante en el establecimiento de Su reino en la tierra. En esos versículos el Señor empleó de forma repetida la frase *mis palabras* para referirse al Libro de Mormón, el cual pronto iba a salir a luz “mediante” el profeta José Smith (véase también 3 Nefi 21:9–11). El Señor declaró que si los hijos de los hombres “no quieren creer *mis palabras* [contenidas en el Libro de Mormón], *no te creerían a ti, mi siervo José*” (D. y C. 5:7; cursiva agregada).

Estos breves versículos ilustran la gran verdad declarada por el profeta José en cuanto a “que el Libro de Mormón [es]... la clave de nuestra religión” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 233). Un testimonio de la divinidad y la veracidad del Libro de Mormón confirma que Jesús es el Cristo, que José Smith es un profeta verdadero

y que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, tal como la organizó el profeta José, es verdadera. Con un testimonio tal del Espíritu, las almas valientes de todas las naciones de la tierra están abrazando el Evangelio restaurado (véase D. y C. 5:16).

En Doctrina y Convenios 6:9, el Señor instruyó a Oliver Cowdery que “[ayudara] a que [saliera] a luz mi obra”. De hecho, Oliver fue un instrumento en sacar a luz el Libro de Mormón, que contiene la “plenitud del evangelio” (véase D. y C. 20:8–9; 27:5; 42:12; 135:3). El Señor enviaría a Sus siervos con este registro en la mano para “[hacer] una obra maravillosa entre los hijos de los hombres, para convencer a muchos de ellos de sus pecados, para que se arrepientan y lleguen al reino de mi Padre” (D. y C. 18:44).

La sección 17 de Doctrina y Convenios contiene uno de los testimonios más claros y poderosos de todos los que se han registrado en cuanto al Libro de Mormón. El Señor Jesucristo, de quien el Libro de Mormón es “otro testamento”, declara que “mi siervo José Smith, hijo... ha traducido el libro [de Mormón], sí, la parte que le he mandado; y vive vuestro Señor y vuestro Dios, que es verdadero” (D. y C. 17:5–6).

¿Quién puede leer u oír ese testimonio y tener duda alguna en cuanto a la estima que el Señor tiene por el Libro de Mormón? Es algo serio oír o leer estas palabras y meditar en ellas, pues son suficientes para condenarnos si alguna vez rechazamos el libro o no somos fieles a la causa de Cristo y Su reino (véase D. y C. 5:15,18).

En junio de 1829, el Señor declaró a Oliver Cowdery, escriba del Profeta, este poderoso testimonio de la veracidad e importancia del Libro de Mormón: “He aquí, te he manifestado por mi Espíritu en varias ocasiones, *que las cosas que has escrito son verdaderas...*

El Señor le declaró a Oliver Cowdery, escriba del profeta: “En [el Libro de Mormón] se hallan escritas todas las cosas concernientes al fundamento de mi iglesia, mi evangelio y mi roca”.

“Y... te mando que confíes en las cosas que están escritas;

“porque en ellas se hallan escritas todas las cosas concernientes al *fundamento de mi iglesia, mi evangelio y mi roca.*

“De modo que si edificas mi iglesia sobre el fundamento de mi evangelio y mi roca, las puertas del infierno no prevalecerán en contra de ti” (D. y C. 18:2–5; cursiva agregada). De este modo, el Libro de Mormón contiene las enseñanzas fundamentales de la Iglesia restaurada de Jesucristo, tal como el Señor mismo lo testificó.

La sección 20 contiene un tratado extenso sobre el Libro de Mormón. Resulta significativo que la revelación para organizar formalmente la Iglesia no se haya dado sino hasta que el Libro de Mormón estuvo traducido y publicado. Después de confirmar que José Smith y Oliver Cowdery fueron debidamente llamados de Dios y autorizados para organizar y dirigir Su Iglesia, el Señor declaró lo siguiente:

“[Dios] le dio [al profeta José Smith] poder de lo alto para traducir el Libro de Mormón, por los medios preparados de antemano,

“el cual contiene la historia de un pueblo caído, y la plenitud del evangelio de Jesucristo a los gentiles y también a los judíos;

“el cual se dio por inspiración, y se confirma a otros por la ministración de ángeles, y por ellos [los Tres Testigos] se declara al mundo;

“probando al mundo que las Santas Escrituras son verdaderas, y que Dios inspira a los hombres y los llama a su santa obra en esta edad y generación, así como en las antiguas;

“demostrando por este medio que él es el mismo Dios ayer, hoy y para siempre...

“Teniendo, pues, tan grandes testigos [José Smith, los Tres Testigos, los Ocho Testigos e incluso aquellos que recopilaron el Libro de Mormón], por ellos será juzgado el mundo, sí, cuantos desde ahora en adelante lleguen a tener conocimiento de esta obra [el Libro de Mormón].

“Y los que la reciban con fe, y obren con rectitud, recibirán una corona de vida eterna” (D. y C. 20:8–14).

En la sección 84 el Señor hizo otra alusión significativa y dio una seria amonestación con respecto al Libro de Mormón. El Señor dijo a los santos en 1832:

“Y en ocasiones pasadas vuestras mentes se han ofuscado a causa de la incredulidad, y por haber tratado ligeramente las cosas que habéis recibido, “y esta incredulidad y vanidad han traído la condenación sobre toda la iglesia.

“Y esta condenación pesa sobre los hijos de Sión, sí, todos ellos;

“y permanecerán bajo esta condenación hasta que se arrepientan

y recuerden el nuevo convenio, a saber, el Libro de Mormón y los mandamientos anteriores que les he dado, no sólo de hablar, sino de obrar de acuerdo con lo que he escrito” (D. y C. 84:54–57; cursiva agregada).

En diversas ocasiones, el presidente Ezra Taft Benson exhortó a los miembros de la Iglesia a estudiar y a emplear los preceptos del Libro de Mormón, y a ceñirse a ellos, para librarse de esa misma condenación pronunciada sobre los primeros Santos de los Últimos Días (véase *A Witness and a Warning*, 1988, págs. 6–8).

CONCLUSIÓN

Ciertamente, el Señor tiene mucho que decir sobre el Libro de Mormón en Doctrina y Convenios. Estos dos volúmenes de Escritura son, de hecho, testigos inseparables y poderosos de la divinidad de Cristo y de Su gran obra de los últimos días. El presidente Benson explicó la

El Señor ha mandado a los santos que “recuerden el nuevo convenio, a saber, el Libro de Mormón... no sólo de hablar, sino de obrar de acuerdo con lo que he escrito”.

importante relación que existe entre estos dos libros sagrados:

“Excluyendo los testigos del Libro de Mormón, el libro de Doctrina y Convenios es sin duda el testigo y la evidencia externa más grande que tenemos del Señor de que el Libro de Mormón es verdadero...”

“Doctrina y Convenios es el eslabón entre el Libro de Mormón y la obra continua de la Restauración a través del profeta José Smith y sus sucesores...”

“El Libro de Mormón lleva a los hombres a Cristo. Doctrina y Convenios lleva a los hombres al Reino de Cristo...”

“El Libro de Mormón es la ‘piedra angular’ de nuestra religión, y Doctrina y Convenios es la ‘piedra de coronamiento’, con la revelación moderna constante. El Señor ha puesto su sello de aprobación en ambas piedras” (“El Libro de Mormón y Doctrina y Convenios”, *Liahona*, julio de 1987, pág. 85). □



DETALLE DE LA SEGUNDA VENIDA, POR HARRY ANDERSON; RECUADRO, PINTURA POR ROBERT T. BARRETT.



ILUSTRACIÓN FOTOGRÁFICA POR JED CLARK.

¿Por qué nuestro amoroso Padre Celestial permite que ocurran cosas malas a gente inocente?

Estas respuestas se dan como ayuda y orientación para los miembros de la Iglesia, y no como doctrina religiosa.

LA RESPUESTA DE LIAHONA:

Nuestra estancia terrenal incluye experiencias desagradables tales como la enfermedad, la soledad, las heridas, la calamidad, la injusticia y la muerte. La vida tal vez no nos parezca siempre “justa”.

La pregunta de que por qué permite Dios que ocurran cosas malas a gente inocente nos la hemos hecho la mayoría de nosotros en algún momento. El Evangelio nos ayuda a comprender la necesidad de la adversidad. Si entendemos el plan de salvación y contemplamos nuestras experiencias con una perspectiva eterna, quizás lleguemos a entender y a aceptar las lecciones de la mortalidad como algo necesario para nuestro crecimiento espiritual. Reconocemos que somos bendecidos con el albedrío para elegir cómo reaccionar ante tales lecciones.

En 1955, el élder Spencer W. Kimball, por entonces miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, respondió a esa pregunta en un discurso llamado “¿Tragedia o destino?”, en el que, tras enumerar

diversas tragedias, hacía las siguientes preguntas:

“¿Fue acaso el Señor quien causó que el avión se precipitara contra la montaña para acabar con las vidas de todos sus pasajeros, o fueron las fallas mecánicas o errores humanos la verdadera causa?”

“¿Fue acaso nuestro Padre Celestial quien causó el choque automovilístico que llevó a seis personas a la eternidad, o fue un error de un conductor que hizo caso omiso de las señales de tránsito?”

“¿Fue Dios quien le quitó la vida a la joven madre, o quien incitó al niño a acercarse y caer al canal, o quien impulsó al otro pequeño a caminar justamente por donde venía el automóvil?”

“¿Fue el Señor el responsable del ataque cardíaco que sufrió aquel hombre? ¿Fue prematura la muerte del misionero?” (véase *La fe precede al milagro*, 1983, pág. 95).

Y prosiguió:

“Respondan ustedes a estas preguntas, si les es posible. Yo no puedo darles la respuesta, pues aun

cuando sé que Dios obra grandemente en nuestras vidas, no puedo decir hasta qué punto Él causa que sucedan algunas cosas o simplemente permite que pasen otras. Cualquiera que sea la verdadera respuesta, yo sí puedo darles otra de la cual estoy totalmente seguro.

“¿Pudo haber evitado el Señor que sucedieran estas tragedias? Yo les contesto que sí. El Señor es omnipotente y posee todo el poder para controlar nuestras vidas, librarnos del dolor, prevenir los accidentes, manejar los aviones y los automóviles, alimentarnos, protegernos, ahorrarnos el esfuerzo del trabajo y los sacrificios, librarnos de las enfermedades y aun de la muerte, todo esto si Él lo quiere; pero no lo hará...”

“La ley básica... prescribe el uso del albedrío y da la oportunidad del desarrollo eterno. Forzarnos a ser prudentes o rectos sería como anular la ley fundamental e imposibilitar el crecimiento...”

“Si consideráramos la mortalidad como el todo de la existencia,

entonces las penas, las aflicciones, los fracasos y la muerte prematura serían una calamidad. Mas, si al contrario, vemos la vida como algo eterno que se extiende más allá del pasado premortal y se prolonga hasta el futuro eterno postmortal, entonces debemos colocar cada suceso que acontece en su propia perspectiva.

“¿Es que no podemos ver la sabiduría de Dios al darnos pruebas a las cuales sobreponernos, responsabilidades que podamos cumplir, trabajo que vigorice nuestros músculos y penas que pongan a prueba nuestras almas? ¿No se nos expone a las tentaciones para probar nuestra fortaleza, a la enfermedad para probar nuestra paciencia, y a la muerte para que podamos ser un día inmortalizados y glorificados?

“Si todos los enfermos por quienes oramos fueran sanados, y todos los justos protegidos, y si todos los pecadores fueran destruidos, se anularía así todo el programa de nuestro Padre y se daría fin al principio más básico del Evangelio, el albedrío, y nadie tendría que vivir por la fe.

“Si al hacedor del bien se le recompensara inmediatamente con gozo, paz y todo lo que mereciera, entonces no existiría el mal; todos harían el bien, mas no por las razones justas. No habría, por ende, prueba de fortaleza, ni desarrollo del carácter, ni crecimiento y expansión de poderes, ni albedrío, sino únicamente controles satánicos.

“Si el Señor contestara todas nuestras oraciones inmediatamente después de hacerlas, de acuerdo con nuestros deseos egoístas y nuestra limitada comprensión, entonces existiría muy poco o ningún sufrimiento, dolor, decepción, o ni la

muerte aun; y si éstos no existieran, tampoco habría gozo, éxito, resurrección ni vida eterna y divinidad” (véase *La fe precede al milagro*, págs. 95–97).

Sí, puede que algunos precipitadamente culpen a nuestro Padre Celestial por no impedir las cosas malas que nos pasan a nosotros y a nuestros seres queridos. Algunos hasta se vuelven amargados; pero una vez que pasemos el umbral de la muerte y veamos con una perspectiva eterna, sin duda que lo alabaremos por Su misericordia, Su amor y Su sabiduría al permitirnos tener precisamente esas experiencias que tienen por objeto ayudarnos a alcanzar nuestro pleno potencial eterno y llegar a ser aun como Él es.

LAS RESPUESTAS DE LOS LECTORES

Todos sufrimos, pero el sufrimiento no siempre es consecuencia del pecado; a veces tiene un propósito mayor, parte del cual es nuestra educación. Nuestro Padre Celestial nos ama sin reservas. Él conoce nuestras virtudes y debilidades, y nosotros sabemos que esta vida es un tiempo de preparación, un tiempo para aprender y progresar. Todo lo que tenemos que hacer es perseverar con fe y confiar en el Señor, trabajar diligentemente para vencer nuestros desafíos y evitar quejarnos contra Él.

Ruben C. dela Cuadra,

Barrio Narvacan,

Estaca Narvacan, Filipinas

Cuando consideremos las penurias y las tribulaciones como peldaños para regresar a nuestro hogar celestial, les haremos frente con valor y sabiduría, pues buscaremos guía y fortaleza en el Señor, tendremos la fe de que recibiremos



Ruben C. dela Cuadra



Rei Cheng Tsai



Ivonete Macedo de Almeida



Franck William N'Sondi



Nelfa Awing Gumarang



Stella 'Ajilong

consuelo y recompensas ya sea en esta vida o en la venidera.

*Rei Cheng Tsai,
Rama P'ingtung,
Distrito P'ingtung Taiwán*

Dios permite que la gente utilice el albedrío; de manera que, si alguien lastima a una persona inocente, será juzgado por ello y a la persona herida se le hará restitución en el debido tiempo, aun cuando no sea en esta vida.

Mas cuando algo malo le ocurre a una persona inocente debido a una catástrofe natural, puede que también en ello haya un propósito divino. Quizás sea para alertarnos en cuanto a algo; tal vez sea una prueba de nuestra fe, o que quizás nos proporcione una oportunidad para servir a nuestro prójimo.

*Ivonete Macedo de Almeida,
Barrio Jardim Maria do Carmo,
Estaca São Paulo, Brasil*

Los Santos de los Últimos Días son bendicidos por el hecho de conocer los propósitos y los objetivos del plan de salvación. Sabemos también que nuestras tribulaciones, persecuciones y pruebas son como una escalera que nos eleva hacia Dios. El himno "¡Oh, está todo bien!" (Himnos, N^o 17) nos enseña la respuesta a esta pregunta: ¿Por qué desanimarnos cuando sabemos que la felicidad eterna nos aguarda?

*Franck William N'Sondi,
Rama Ouenze,
Distrito Brazzaville, República del Congo*

La muerte de mi padre hace unos años fue algo muy difícil para mi familia. Fervientemente oré y le pregunté al Señor qué habíamos hecho para merecer tan desafortunado acontecimiento. Entonces, el

Espíritu Santo me confirmó que la muerte de mi padre podía en realidad fortalecer nuestra fe en Jesucristo. Siempre debemos recordar que la adversidad puede fortalecernos y que forma parte del plan de nuestro Padre Celestial.

*Nelfa Awing Gumarang,
Rama Tuao,
Misión Filipinas Ilagan*

En ocasiones, nuestro Padre Celestial permite que mueran personas inocentes para que puedan entrar en Su reposo y Su juicio descienda sobre los inicuos (véase Alma 60:13). Él ha prometido que aquellos que mueran en Él "no gustarán la muerte, porque les será dulce" (D. y C. 42:46)

*Stella 'Ajilong,
Rama Kololo,
Distrito Kampala, Uganda*

Si nuestros lectores desean que esta sección de PREGUNTAS Y RESPUESTAS sea más útil, sírvanse contestar la pregunta que aparece a continuación. Envíen su respuesta antes del 1^o de abril de 2001 a: QUESTIONS AND ANSWERS 04/01, Liahona, Floor 24, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150-3223, USA; o a la dirección de correo electrónico CUR-Liahona-IMag@ldschurch.org. La respuesta que envíen puede estar escrita a máquina o con letra legible en su propio idioma. A fin de que su respuesta se tome en consideración, debe incluir su nombre completo, edad, dirección, barrio y estaca (o rama y distrito). Si es posible, incluyan su fotografía; ésta no se devolverá. Se hará una selección representativa de todas las respuestas.

PREGUNTA: ¿Qué podemos hacer cuando la gente habla en la escuela de cosas inapropiadas? □

PONGÁMONOS TODA LA ARMADURA DE DIOS

“**E**s el momento de entregarnos al Maestro y permitirle que nos guíe a campos fructíferos donde podamos enriquecer un mundo lleno de obscuridad y sufrimiento”, dijo la hermana Mary Ellen Smoot, presidenta general de la Sociedad de Socorro. “Cada una de nosotras, no importa quiénes seamos ni dónde prestemos servicio, debemos servirnos y aprovechar al máximo cada oportunidad que se nos presente. Debemos seguir el consejo del Señor y de Sus siervos y hacer de nuestro hogar una casa de oración y un refugio de seguridad. Podemos y debemos profundizar nuestra fe al aumentar nuestra obediencia y nuestro sacrificio” (véase “Alégrense, hijas de Sión”, *Liahona*, enero de 2000, pág. 114).

En ocasiones quizás parezca difícil elevarse por encima de lo mundano hacia ese nivel de rectitud, pero al esforzarnos por “[tomar] toda la armadura de Dios”, seremos capaces de “resistir en el día malo” (Efesios 6:13).

CÓMO PONERSE LA ARMADURA DE DIOS

El presidente N. Eldon Tanner (1898–1982), Primer Consejero de la Primera Presidencia, observó que “aquellos que se invisten de esa armadura, es decir, que guardan *todos* los mandamientos de Dios, son capaces de resistir al adversario”.

Y prosiguió: “¿Estudiamos las Escrituras a fin de aumentar nuestra fe y nuestro testimonio del Evangelio? ¿Somos honrados y verídicos en nuestros tratos? ¿Santificamos el día de reposo? ¿Cumplimos con la Palabra de Sabiduría? ¿Pagamos un diezmo íntegro?... ¿Somos virtuosos, limpios y puros de corazón, mente y acciones?

“¿Luchamos contra los males que nos rodean?... ¿Tenemos valor para defender nuestras convicciones? ¿Podemos decir con sinceridad que no nos avergonzamos del Evangelio de Cristo? ¿Vivimos en paz con nuestros vecinos, evitando chismes, murmuraciones y rumores falsos? ¿En verdad amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos?

“Si podemos contestar sí a todas estas preguntas, podremos decir entonces que nos hemos investido con toda la armadura de Dios, la cual

nos protegerá del mal y nos preservará de nuestros enemigos” (véase “Investíos con la armadura de Dios”, *Liahona*, agosto de 1979, págs. 61, 64).

UNA RENOVACIÓN ESPIRITUAL DIARIA

La hermana Lucille Johnson, del Barrio Timpanogos Park 1, Estaca Orem Norte, Utah, que actualmente tiene 80 años, aprendió a temprana edad en la vida a ponerse la “armadura” espiritual al comienzo de cada día. Ella recuerda: “Me levantaba temprano por la mañana antes de que lo hicieran mi esposo y mis hijos. Aprendí que, arrodillada en la quietud de la sala, podía comenzar a suplicarle a nuestro Padre por mis necesidades de ese día, lo cual me traía una gran paz. Y supe que Él era mi ayudante y mi protector. A continuación abría mis Escrituras y participaba de su guía e inspiración. Antes de volver a ponerme de pie para dar comienzo a mis tareas, sola o con niños pequeños, o con adolescentes o con mi esposo en el ejército en medio de una guerra, sabía que tendría la capacidad de lograr mis objetivos.

“Por eso creo en apartar un tiempo en la quietud de las tempranas horas de la mañana para estudiar y orar. De esa forma ustedes darán comienzo al día con una renovación de su espíritu y estarán verdaderamente listas para lo que ese día nos depare”. □



EL COMPARTIR EL EVANGELIO CON PAPÁ

por Sheila R. Woodard

Papá creció en el este de los Estados Unidos y mamá se crió en un hogar Santo de los Últimos Días de Utah. Se conocieron mientras trabajaban en California y se cortejaron durante varios meses. Cuando papá regresó a la casa de sus padres, echaba de menos a mamá y volvió por ella. Poco sabía él el efecto que la deci-

sión de casarse con una joven Santo de los Últimos Días tendría en el resto de su vida.

Debido a que mamá y papá amaban a sus respectivas familias, les resultaba difícil decidir dónde vivir. Cuando mi hermano y yo éramos pequeños, nuestra familia se mudó varias veces entre Utah y la costa del este. Cuando vivíamos en el Este, a veces papá nos



llevaba a un pueblo cercano para que pudiésemos asistir a la rama de la Iglesia. Él no se sentía cómodo al asistir con nosotros, por lo que nos esperaba en el coche.

Cuando hacía buen tiempo, buscábamos un árbol que diera sombra, bajo la cual nos sentábamos después de salir de la Iglesia y papá sacaba el cesto del almuerzo del coche. Mientras comíamos, mamá nos animaba a mi hermano y a mí a contarle a papá lo que habíamos aprendido en la reunión sacramental.

Cuando nos mudamos al Oeste para vivir cerca de la familia de mamá, íbamos a la Iglesia con más frecuencia, y aunque ya no teníamos comidas campestres, disfrutábamos de unos almuerzos maravillosos en la mesa del comedor. Cada domingo le contábamos a papá lo que habíamos aprendido en la Iglesia.

No fue sino hasta que mi hermano y yo fuimos mayores que nos dimos cuenta de lo mucho que nos estábamos perdiendo porque papá no iba a la Iglesia con nosotros. Nos dimos cuenta de que si queríamos que fuera con nosotros, tendría que estudiar y ser bautizado. De ese modo comenzaron nuestros incesantes esfuerzos por compartir el Evangelio con papá. Pero a medida que los meses se convertían en años, a veces nos preguntábamos si algún día se bautizaría.

Cuando yo tenía nueve años, nació otro hermanito y una vez más papá escuchó todas las clases de la Primaria a la hora de la comida. Para entonces, papá nos acompañaba a la Iglesia de vez en cuando. Hasta invitaba a los misioneros a comer y escuchaba las charlas, pero no se comprometía a bautizarse.

Cuando mi hermano mayor fue llamado a servir en una misión, nos dimos cuenta de que nuestro pequeño grupo de misioneros iba a verse muy reducido. “No se preocupen”, nos aseguró mi hermano. “Seguiré trabajando con papá desde el campo misional”. Y fue fiel a su palabra. En casi cada carta que envié a casa, se notaba su gran celo misional y siempre hacía la pregunta de oro: “Papá”, escribía, “¿cuándo te vas a bautizar?”. Pero aunque papá recibió las charlas misionales una y otra vez, todavía no se sentía preparado.

Cuando cumplí veintiún años, recibí mi llamado misional para servir en Uruguay. Escribía a casa cada

semana y siempre incluía experiencias misionales positivas; hablaba de los bautismos que habíamos tenido y preguntaba: “¿Papá, cuando te vas a bautizar?”.

El día que cumplí veintidós años, recibí una tarjeta de cumpleaños con un mensaje de mamá. “Tu padre está recibiendo las charlas misionales otra vez”, escribió. “¡Esta vez se ha comprometido a bautizarse!”.

A partir de ese momento, siempre que llegaba una carta de casa, esperaba leer la noticia de que papá se había bautizado; pero ésa nunca llegó. Entonces recibí una breve nota de mi madre: “Tu padre ha decidido no bautizarse en esta ocasión”. Se me estremeció el corazón. ¿Qué había ocurrido? ¿Hubo algo en alguna de mis cartas que hizo que papá se retractara? Durante los meses siguientes oré mucho por él. Seguí escribiendo, animándole a permanecer en contacto con los misioneros.

Seis meses después, recibí un mensaje asombroso: “Tiene que llamar a casa de inmediato”. Alarmadas, mi compañera y yo corrimos hasta los locutorios donde podíamos hacer llamadas internacionales. Una operadora me indicó que aguardara en una de las cabinas mientras ella realizaba la llamada.

Tomé el teléfono en cuanto sonó. Mi madre estaba en la línea. “¿Qué ha pasado?”, pregunté angustiada.

“Sheila”, respondió con una voz llena de felicidad y emoción, “tu padre se ha bautizado hoy. Se levantó esta mañana y dijo: ‘Quiero bautizarme. ¿Podrías llamarle al obispo para preguntarle si está bien que lo haga hoy?’. Así que llamé al obispo y él lo preparó todo”. Mi hermano mayor había efectuado la ordenanza en el centro de reuniones al mediodía.

Mientras me hablaba mi madre, mis temores se desvanecieron y mi corazón se llenó de gozo y agradecimiento. Después de todos esos años de trabajar, aguardar y orar, por fin éramos una familia en la que todos eran miembros de la Iglesia. □

Sheila R. Woodard es miembro del Barrio Idaho Falls 28, Estaca Idaho Falls Central, Idaho Falls.





Las palabras del Profeta viviente

TODO HOMBRE JOVEN DEBE SER UN MISIONERO

“Debiera ser la ambición, el deseo, la experiencia anhelada de todo hombre joven de esta Iglesia el salir e ir entre el mundo como maestro del Evangelio eterno, como misionero de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. No sé a dónde irán... pero será una experiencia tremenda y maravillosa para ustedes. Vivirán más cerca del Señor, orarán como jamás lo han hecho antes, enseñarán y harán un gran bien que será una bendición en la vida de ustedes por el resto de sus días.

“Quiero instarles a ahorrar dinero, a prepararse, a pensar y soñar y orar para tener la experiencia de servir en una misión para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días”¹.

CÁSENSE CON UN MIEMBRO DE LA IGLESIA

“Debemos casarnos con alguien que sea miembro de la Iglesia. Nuestra vida será más rica y feliz si nos casamos con alguien de la Iglesia... Creeremos en las mismas cosas; no discutiremos por la doctrina ni por nada semejante”².

LA OPOSICIÓN A LA IGLESIA

“La oposición es fruto de la falta de entendimiento. En la medida en que seamos capaces de dar a las

personas una mayor comprensión de esta Iglesia, de sus motivos, su historia, sus prácticas y sus percepciones, esta oposición se desvanecerá, adoptará una postura diferente. Tal vez todavía haya oposición, mas no se nos expulsará de Nauvoo ni de Misuri bajo la nieve, ni nada por el estilo. Será diferente y probablemente más compleja y más difícil de enfrentar en algunas circunstancias”³.

LA PROMESA DE LA VIDA ETERNA

“El Señor en Su gran misericordia, en Su amor por nosotros, ha hecho posible que estemos unidos bajo la autoridad del santo sacerdocio en una relación que perdurará más allá de la muerte, y sobre la cual ésta no tendrá control. Y ningún gran hombre o mujer de gobierno, ningún líder militar, ninguna gran persona de negocios, ningún gran educador ni ningún gran profesional puede hacer este tipo de promesa. Puede que logre los honores más elevados de los hombres, mas no tendrá control alguno sobre el destino de éstos cuando crucen la antesala de la muerte”⁴.

LA DIGNIDAD PARA ENTRAR EN EL TEMPLO

“Obtengan una recomendación para el templo y, mientras vivan, jamás piensen, ni digan ni hagan nada que les impida obtener esa

recomendación. Si en su vida cumplen con todos los requisitos de la recomendación, pueden estar seguros de que están viviendo el Evangelio y haciendo lo que el Señor espera de ustedes”⁵.

RECONOZCAN AL SEÑOR

“Es sumamente importante que no permitan que la alabanza y la adulación se les suba a la cabeza. La adulación es veneno. Nunca olviden el hecho de que el Señor les ha puesto a ustedes donde están de acuerdo con Sus propósitos, los cuales ustedes no comprenden. Reconozcan al Señor en cualquier cosa buena que ustedes logren y denle a Él el mérito y la gloria, y no se preocupen de que ustedes reciban lo mismo. Si son capaces de hacerlo, todo les irá bien y seguirán adelante con amor y con gran respeto por las personas, y se esforzarán por cumplir aquello que su oficio requiera de ustedes”⁶.

CREAN EN USTEDES MISMOS

“Crean en ustedes mismos; crean en su capacidad para hacer cosas grandes, buenas y dignas; crean en su naturaleza interior, la naturaleza divina, de que realmente son hijos e hijas del Dios viviente. Hay algo de divinidad en cada uno de ustedes, algo elevado y noble. Elévense por encima de la suciedad y la basura de la tierra y caminen por un plano más elevado con la cabeza erguida, creyendo en

ustedes mismos y en su capacidad para hacer lo bueno en el mundo y surtir un influencia benéfica”⁷.

¿QUÉ ESPERA EL SEÑOR?

“¿Qué espera el Señor de nosotros como Santos de los Últimos Días? ¿Qué espera Él de mí como miembro de esta Iglesia? Él espera que por medio de la forma en que vivo mi vida demuestre el amor que tengo por Dios. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo (véase Mateo 22:37–39).

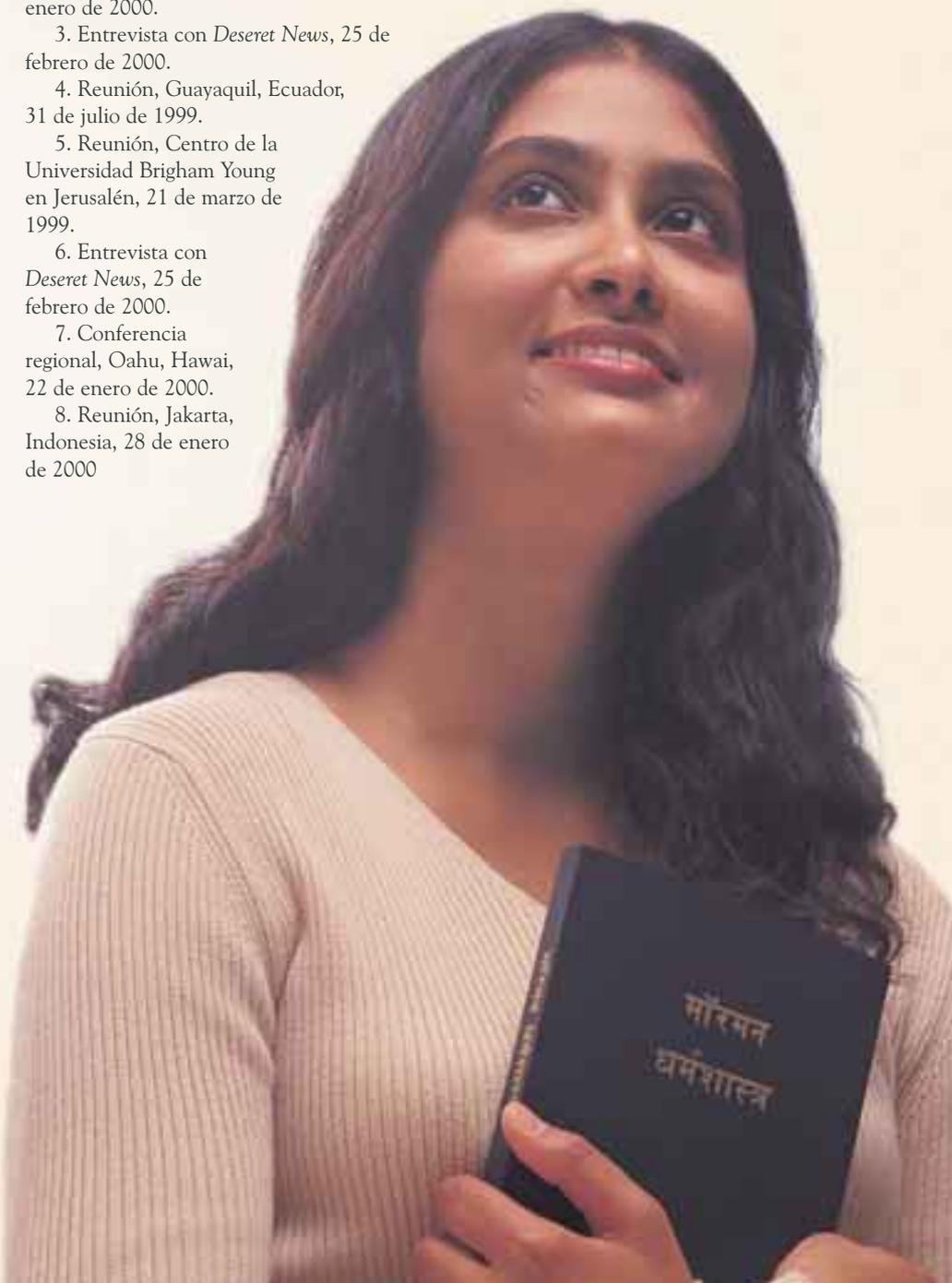
“En el corazón de un Santo de los Últimos Días no hay lugar para la amargura, la rudeza ni el rencor hacia ninguno de los hijos e hijas de Dios. Puede que no sean de nuestra fe, pero tenemos la obligación de tratarles como hijos e hijas de nuestro Padre Celestial.

“Él espera que desarrollemos en nuestro corazón y en nuestra vida un amor profundo por el Señor Jesucristo, el Salvador y Redentor del mundo, amor que hallará su mejor expresión en el servicio que rindamos a los demás.

“Él espera que cada uno de nosotros sea un miembro fiel de la Iglesia; que hagamos lo que se nos pida hacer, que adelantemos la obra y que sirvamos dondequiera que se nos llame para servir y edificar el reino en el mundo”⁸.

NOTAS

1. Reunión, Singapur, 20 de enero de 2000.
2. Reunión, Jakarta, Indonesia, 28 de enero de 2000.
3. Entrevista con *Deseret News*, 25 de febrero de 2000.
4. Reunión, Guayaquil, Ecuador, 31 de julio de 1999.
5. Reunión, Centro de la Universidad Brigham Young en Jerusalén, 21 de marzo de 1999.
6. Entrevista con *Deseret News*, 25 de febrero de 2000.
7. Conferencia regional, Oahu, Hawai, 22 de enero de 2000.
8. Reunión, Jakarta, Indonesia, 28 de enero de 2000.



Hagamos lo que el Señor espera de nosotros

Somos hijos e hijas de Dios. Las implicaciones de este hecho son profundas. Debido a que “hay algo de divinidad en cada uno de [nosotros]”, explica el presidente Gordon B. Hinckley, tenemos el poder de caminar “por un plano más elevado... creyendo en [nosotros] mismos y en [nuestra] capacidad para hacer lo bueno en el mundo y para surtir una influencia benéfica”. Nuestra vida se revitaliza gracias al conocimiento de que si vivimos a la altura de las expectativas que nuestro Padre Celestial tiene de nosotros, Él cumplirá Sus promesas (véase D. y C. 82:10) ❧ ¿Y qué espera

Él de nosotros? El presidente Hinckley explica: “Él espera que desarrollemos en nuestro corazón y en nuestra vida un amor profundo por el Señor Jesucristo, el Salvador y Redentor del mundo, amor que hallará su mejor expresión en el servicio que rindamos a los demás” (“Palabras del Profeta viviente”, *Liahona*, febrero de 2001, págs. 28–29). ❧ Tal como lo demuestran los

siguientes relatos, con frecuencia nuestro amor por el Salvador se expresa de manera apacible y sencilla al intentar surtir una influencia positiva, tanto en la vida de los demás como en la nuestra.



Cómo me encontró el Libro de Mormón

por Kwame Opare

Hace unos años entré en una librería de Kumasi, Ghana. Mientras iba de una estantería a otra, hojeando libro tras libro, divisé uno que tenía una cubierta azul claro, gastada y descolorida. Tenía por título Libro de Mormón. Lo tomé, le quité el polvo y leí unas cuantas líneas. No pude entender lo que leí ni pude relacionarlo con la Biblia, pero mientras lo sostenía en las manos, tuve la impresión de que

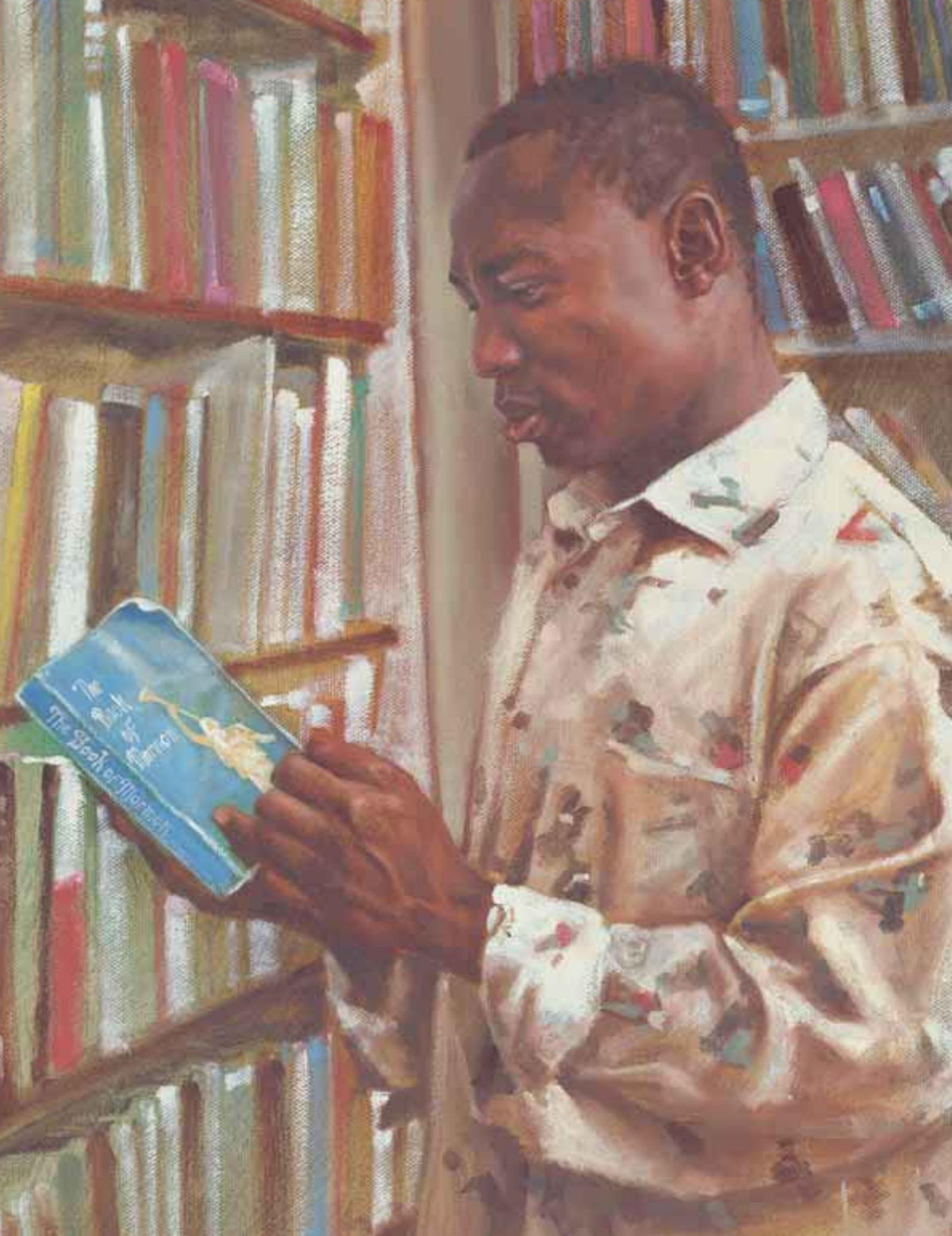
se trataba de un libro de Escritura. Sin embargo, como lo había hecho con los otros libros que había escogido, lo puse de vuelta en la estantería y proseguí mirando otros ejemplares.

Unos minutos más tarde, me encontré en la misma zona de la librería y una vez más me percaté del libro azul. Esta vez eché un vistazo al índice de materias y hallé un buen número de nombres extraños y

desconocidos. *Si es un libro de Escritura, pensé, ¿por qué no encuentro esta información en la Biblia?* Intenté leer un par de versículos, pero no pude entenderlos y, tal como había ocurrido anteriormente, lo puse de nuevo en la estantería.

Seguí buscando un libro tras otro hasta que, por tercera vez, volví a ese Libro de Mormón. Lo abrí y hallé una

Mientras iba de una estantería a otra, hojeando libro tras libro, divisé un libro con una cubierta azul claro, gastada y descolorida. Tenía por título Libro de Mormón.



The Book of the Month
The Book of the Month
The Book of the Month

sección llamada Mosiah. ¿Está este nombre en la Biblia?, me pregunté. Mi conocimiento de las Escrituras comenzaba y finalizaba con la Biblia y ese libro azul me tenía confuso. Sentía como si hubiera una lucha en mi interior. Nunca había oído hablar de ese libro, pero era como si ya lo conociera. Poco después, me encontraba comprando el libro.

Durante muchos años el Libro de Mormón permaneció en mi biblioteca sin ser leído. Intenté leerlo algunas veces pero, simplemente, no podía identificarme con él.

Con el tiempo me trasladé de Ghana a Alemania. A mi llegada, comencé a buscar un lugar de adoración. Asistí a un buen número de iglesias, pero en ninguna me sentía cómodo, por lo que finalmente comencé a orar y ayunar para saber dónde adorar. Pasó todo un mes antes de que recibiera una respuesta.

En mi edificio de apartamentos vivían personas de muchos países diferentes, de entre los cuales destacaba una pareja que a veces visitaba a un amigo mío. No eran ricos pero se preocupaban por nosotros de muchas maneras. Entonces, un día invitaron a mi amigo a ir a la iglesia con ellos y él me extendió la invitación a mí. Le pregunté: “¿A qué iglesia vamos?”.

Él contestó que íbamos a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, y yo le dije que mientras predicasen de Cristo, no tendría inconveniente en ir con él.

El día llegó y nos fuimos a la iglesia. Miré a mi alrededor a un mar de rostros desconocidos, pero mi primera impresión fue la de calidez y de que era bienvenido. También me alegró el ver a hombres jóvenes

administrando la Santa Cena, algo que jamás había visto en ninguna otra parte.

Después de la reunión sacramental, a aquellos que íbamos por primera vez se nos invitó a asistir a la clase de Principios del Evangelio. El tema que se iba a tratar aquel día era la naturaleza eterna de la familia y me maravilló lo que oí. La clase terminó demasiado pronto y le pregunté al maestro si iba a continuar con ese tema a la semana siguiente, a lo que respondió que sí; así que decidí regresar el próximo domingo.

La siguiente reunión fue la del sacerdocio, con una lección que trataba sobre las finanzas familiares. *¡Vaya qué iglesia!*, pensé. *¡El Evangelio y la administración del hogar, todo en uno!*

Después de la reunión del sacerdocio, la pareja que nos llevó a la iglesia, reconociendo mi interés, me preguntó si me gustaría recibir las charlas sobre el Evangelio restaurado. “Por supuesto”, les dije. Y entonces, mientras disfrutaba del espíritu de las reuniones del día, de repente recordé aquella tienda en la que compré un ejemplar viejo y desgastado del Libro de Mormón. Ese incidente, que consideré como algo insignificante en aquel momento, y que por largo tiempo había olvidado, cobró ahora gran significado.

Comencé con las charlas y las tomé sin interrupción. Era una dicha aprender el Evangelio de boca de ese matrimonio de misioneros, quienes me consideraban no sólo un hermano, sino un hijo. Una vez terminadas las charlas, fui bautizado.

Con frecuencia he meditado en esos dos incidentes independientes, pero al mismo tiempo relacionados. ¿Por qué iba a entrar alguien en una tienda, encontrar un libro viejo con un título desconocido, leer un par de frases que no podía entender y luego comprarlo? ¿Tiene sentido alguno? Aún así, creo que gran parte de lo que la lógica no puede explicar, en realidad tiene mucho sentido para el Señor. Él prepara nuestro camino y cuando estamos listos para recibir Su palabra, nos conduce hacia la gente apropiada en los momentos apropiados. A menudo, mucho antes de que nosotros comencemos a buscar a Dios, Él ya está buscándonos a nosotros.

Kwame Opare es miembro del Barrio Munich 4, Estaca Munich, Alemania.

La caridad y el pastel del cílope

por Nikki O. Nelson

Pocas semanas después de la muerte inesperada de mi esposo, llegué a casa del trabajo cansada y deprimida. Mis hijos me recibieron en la puerta con dos noticias interesantes: Todavía no teníamos agua (nos habíamos quedado sin suministro durante la noche) y en unas dos horas había un concurso y venta de pasteles patrocinado por los Lobatos y los padres de éstos, y ellos necesitaban un pastel.

Cuando entré en la cocina, pude ver que los platos sucios se habían multiplicado de forma alarmante y que apenas había espacio para preparar el pastel. ¡Y todavía quedaba por solucionar el problema del agua!

Encontré una receta sencilla y asigné a un hijo, contra su voluntad, para dar las instrucciones a sus hermanos más pequeños. Me cambié de ropa, busqué una llave inglesa por todo el garaje y descendí al depósito del agua. Había visto a mi esposo arreglar la bomba en varias ocasiones y no tenía duda alguna de que en pocos minutos estaría funcionando.

Las conexiones parecían estar bien. Sacudí la caja del interruptor para ver si podía hacerlo funcionar y le di también unos golpecitos con la llave, pero nada; le di una patada a la cañería, y tampoco nada. Me golpeé el dedo al intentar desatornillar el enchufe para cebarlo, pero seguía sin arrancar. Nada funcionó.

Debo de haber pasado una hora en el depósito intentando todo lo que se me ocurría y estaba desesperada. *¿Qué diablos estoy haciendo metida en este agujero golpeando esta estúpida bomba cuando debería estar en una cocina bonita y limpia actuando como una madre? ¿Por qué mis hijos tienen que vivir la vida e ir a actividades de venta de pasteles sin un padre? ¿Es eso justo?*

Incapaz de arreglar el problema del agua, me di por vencida y llegué a la reunión, aunque tarde. Me senté en una silla al fondo de la sala y los niños llevaron su triste y pequeño pastel a la mesa de exposición. Había pasteles con la apariencia de los sombreros de los Lobatos, pasteles con árboles y pájaros, y con banderas de la patria. Y luego estaba el nuestro, el que mis hijos habían decorado para parecerse a un cíclope, con un ojo brillante hecho de azúcar glaseado de colores escarlata y azul, al cual habían añadido

montones de zigzagueantes líneas rojas para darle la apariencia de sangre.

Allí estaba yo sentada en la oscuridad, lamentando mi suerte, y cuando ya no pude evitar más las lágrimas de frustración, me escabullí al baño.

Una hermana de la Sociedad de Socorro vio que me marchaba y me

siguió, y no pasó mucho tiempo antes de que le contara todo lo sucedido. Me abrazó y me sugirió el nombre de un par de plomeros de confianza. *¡Plomeros? ¡Qué gran idea! Me parecía algo revolucionario.*

Dio comienzo la venta de pasteles. Mis hijos se subieron sonrientes al escenario, sosteniendo el grotesco pastel del ojo.



Cuando el agua no funciona en una granja, se lo dices a tu esposo y él intenta reparar la bomba por un rato y todo anda bien. ¡Nunca me había pasado por la mente la idea de llamar a un plomero! Me di cuenta de que estaría bien tomar decisiones que fueran diferentes al modo de como mi esposo lo hubiera hecho. Después de todo, era posible que las cosas se arreglaran.

Hacia el fin de la tarde, dio comienzo la venta de pasteles. Mis hijos se subieron sonrientes al escenario, sosteniendo el grotesco pastel del ojo. Una dulce abuelita terminó pagando un buen precio por él. Cuando subió al escenario para recogerlo, dijo que no sabía exactamente lo que representaba, pero que le gustaban los colores. Afortunadamente, mis hijos se limitaron a sonreír y mantuvieron la boca cerrada.

Estas dos maravillosas mujeres conocían la caridad, y de forma sencilla ambas vieron una necesidad y espontáneamente pusieron manos a la obra para satisfacerla. Probablemente ellas dirían que se trataba de algo pequeño y dudo incluso que recuerden el incidente, pero para mí no fue cosa insignificante.

Jesucristo nos mostró el ejemplo; Él nos enseñó acerca de la caridad. Fue sensible a las necesidades de las personas a quienes amaba, y nos ama a todos. De igual modo, nos enseña a ser sensibles los unos con los otros, a amarnos, consolarnos y edificarnos mutuamente. Creo que ésa es parte de la razón por la que estamos aquí.

Aquel día aprendí que a la hora de practicar la caridad, a veces las

cosas pequeñas pueden surtir una gran influencia en nuestra vida.

Nikki O. Nelson está sirviendo en la Misión Australia Brisbane.

Sentí consuelo, pero ¿por qué?

por Alan L. Olsen

En 1980 servía como misionero en la Misión Filipinas Cebú, cuando me trasladaron a una ciudad llamada Ormoc. Normalmente, ese distrito tenía un crecimiento constante, pero durante varios meses había habido muy pocos bautismos.

Llegué a Ormoc el 28 de octubre y me reuní con mi nuevo compañero, el élder Alexander. Las primeras semanas fueron extremadamente lentas: teníamos pocas citas para enseñar y casi ninguna referencia. A pesar de trabajar largas horas y de orar para encontrar personas a quienes enseñar, tuvimos muy poco éxito. Recuerdo haber orado para recibir guía y recibir la confirmación de que el Señor estaba preparando personas para que les enseñásemos.

El 15 de noviembre, el élder Alexander y yo estábamos entregando folletos en el Barrio Isla Verde, una comunidad situada en una pequeña isla del río Ormoc. Para llegar hasta allí, tuvimos que vadear el profundo río de 23 m de ancho apoyándonos en unas piedras, tarea que resultó ser difícil para nosotros. Sin embargo, los habitantes del lugar utilizaban el sendero de piedras con facilidad.

Mientras estábamos allí, conocimos a Petronilo y a Andrea Ygonia

y a su nieto, Allan Suetto Sungahid; ellos aceptaron nuestra invitación de tener una noche de hogar en su casa. Aquella tarde fue el comienzo de una hermosa relación. Después de algunos juegos, presentamos un mensaje del Evangelio y compartimos nuestro testimonio.

Nuestras visitas a esa familia continuaron durante las dos semanas siguientes. Nos llenó de emoción el contemplar el brillo que cobraban sus rostros. Para fines de noviembre los tres se habían comprometido a bautizarse al mes siguiente.

Nunca olvidaré la experiencia que tuvimos en el hogar de los Ygonia el día 2 de diciembre mientras les enseñábamos el Evangelio. El hermano Loa, líder misional del barrio, fue con nosotros a una reunión de vecinos que se celebraba en el hogar de los Ygonia. Más de treinta vecinos habían aceptado la invitación de la familia Ygonia para recibir la primera charla. Al expresar nuestro testimonio, el Espíritu que se sintió fue tan fuerte que creo que cada uno de los presentes lo percibió.

Explicamos que la sensación cálida y apacible que cada uno estaba percibiendo era la presencia del Espíritu Santo. Conmovidos por el Espíritu, invitamos a cada persona que estaba presente en la habitación a continuar investigando la Iglesia y a comprometerse al bautismo. Todos los treinta vecinos aceptaron la invitación.

El hermano y la hermana Ygonia, su nieto y otras siete personas se bautizaron en diciembre. Una vez más, la obra había comenzado a prosperar en Ormoc, debido en gran parte a la fe de esa buena familia.

Poco después fui trasladado, y aunque sólo había pasado allí seis semanas, éstas fueron unas de las mejores de mi vida. Nunca había trabajado tanto por una causa tan digna, y nunca me había sentido más cerca del Señor. Durante las seis semanas que serví allí, el Señor nos permitió enseñar y bautizar a nueve almas, y otras treinta personas se estaban preparando para el bautismo.

Once años más tarde, en noviembre de 1991, me hallaba sentado trabajando en mi despacho cuando de repente sentí una fuerte sensación de paz y amor. Recibí la impresión de que alguien había

La familia Ygonia aceptó nuestra invitación de tener una noche de hogar en su casa. Aquella tarde fue el comienzo de una hermosa relación.

fallecido, pero no podía imaginar de quién se podía tratar. Llamé a mi esposa, Susan, a casa y le pregunté si todo estaba bien. Ella me dijo que sí, pero yo todavía seguía sintiéndome igual.

Aquella noche, sentí la impresión de tomar uno de mis diarios y pasé las páginas en las que había registrado mis experiencias en Ormoc. Mientras las leía, el Espíritu se iba haciendo más fuerte y comencé a llorar. Pensé en la gente maravillosa a la que había visto abrazar el Evangelio en aquel lugar. ¿Podría ser que esos fuertes sentimientos de consuelo estuvieran relacionados con la experiencia que tuve en Ormoc?

Hacia finales del mes leí acerca de un devastador tifón que había

asolado Ormoc. Veintidós miembros de la Iglesia habían fallecido en la inundación, entre los que se encontraban los hermanos Ygonia, su nieto, Allan, y otras personas a quienes había conocido durante mi servicio en aquella ciudad. De nuevo, la acostumbrada calidez y la paz del Consolador se anidaron en mi corazón y comprendí por qué previamente había percibido su influencia.

No obstante que lamentaba sus muertes, sabía que habían regresado a la presencia de nuestro Padre Celestial, donde continúan la obra que comenzaron aquí en la tierra. □

Alan L. Olsen es miembro del Barrio Centerville, Estaca Fremont, California.



Theresia Mangels, una anciana viuda, vivía sola en un apartamento del norte de Alemania. Una tarde oyó que alguien llamaba a su puerta; cuando la abrió, se encontró ante dos jóvenes. Al acordarse que todavía tenía un libro

LÍNEA SOBRE LÍNEA

Antes del nacimiento



que los colegas de esos muchachos habían dejado allí años atrás, les invitó a entrar y luego se fue a buscar el libro. Cuando ella intentó devolverlo, ellos sonrieron y rehusaron tomarlo, diciéndole que aquel libro en realidad era de otra iglesia. Ellos le dijeron que eran de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, y le preguntaron si podían darle un importante mensaje. Ella estaba algo sola; además, ellos eran jóvenes muy agradables, y accedió a escucharlos.

Aquella tarde le enseñaron sobre alguien llamado el profeta José Smith, pero el mensaje la confundió: visiones, planchas de oro y ángeles; todo parecía tan extraño. Le preguntaron si podrían volver en otra ocasión y ella casi les dijo que no, pero decidió darles otra oportunidad.

Cuando regresaron, le dijeron que iban a enseñarle sobre el propósito de la vida y el plan de salvación de Dios. Eso sonaba interesante. Comenzaron a hablar de algo que ella jamás había oído: una existencia preterrenal donde todos nosotros vivimos con Dios. Era como si se hubiera encendido una luz en su alma. Esa doctrina era verdadera; ella podía percibirlo. Explicaba muchas cosas sobre las que se había hecho preguntas, cosas que su iglesia nunca había podido aclararle. A partir de entonces, todo lo que los misioneros enseñaron encajó a la perfección y cuando la invitaron a bautizarse, ella aceptó con gusto.

El élder Boyd K. Packer, del Quórum de los Doce, enseñó: “No hay forma de que la vida tenga sentido si no existe el conocimiento de la doctrina de una vida preterrenal.

“La idea de que el nacimiento es el comienzo es totalmente ilógica. No hay manera de explicar el propósito de la vida a quien crea tal cosa.

“El pensar que la vida termina con la muerte física es totalmente ridículo, y no hay manera de hacer frente a la vida si se cree así.

“Cuando llegamos a comprender la doctrina de la vida preterrenal, entonces se arman las piezas del rompecabezas y puede verse el propósito” (“El misterio de la vida”, *Liahona*, enero de 1984, pág. 26).

Sin un entendimiento de nuestra vida preterrenal, no podemos comprender correctamente nuestra relación con nuestro Padre Celestial ni tampoco podemos comprender del todo el propósito de esta vida terrenal. La mortalidad se convierte entonces en un rompecabezas del que han desaparecido piezas importantes, y nuestra herencia celestial parece un misterio, al igual que nuestro destino divino. “Esta doctrina de la vida preterrenal”, dice el élder Packer, “era conocida por los antiguos cristianos. Por casi 500 años se enseñó esta doctrina pero más tarde fue rechazada como herejía por un clero que se había perdido en la oscuridad de la apostasía. Una vez rechazada esta doctrina... perdieron la posibilidad de resolver el misterio

de la vida. Llegaron a ser como un hombre que trata de enhebrar perlas para hacer un collar con un hilo que es demasiado corto. No hay forma de poder enhebrarla a todas” (*Liahona*, enero de 1984, pág. 24).

Cuando entendemos que vivimos antes de nacer y que vinimos a la tierra para ser probados, la necesidad de un Salvador se hace más evidente. Hasta las molestas interrogantes sobre la desigualdad, la enfermedad y la discapacidad física se hacen mucho menos difíciles de responder cuando se ven a la luz de la existencia preterrenal.

El Señor no ha revelado muchos detalles sobre nuestra existencia preterrenal. Por ejemplo, no sabemos cómo era dicha existencia, lo que hacíamos allí, las leyes específicas y las condiciones que prevalecían, cuánto tiempo vivimos con nuestro Padre Celestial ni cómo fue en realidad la guerra de los cielos. Sin embargo, lo que sí ha sido revelado es suficiente para que

alcancemos nuestro propósito en la tierra. “Varios son los factores esenciales de nuestra vida preterrenal que han sido revelados”, dijo el élder Packer. “Aun cuando son en algunos casos simples bosquejos, nos ayudan a resolver el misterio de la vida” (*Liahona*, enero de 1894, pág. 24). Los siguientes son algunos de estos factores esenciales:

- Somos literalmente hijos espirituales de Dios y como tales tenemos el potencial de llegar a ser como Él (véase Romanos 8:16–17; D. y C. 93:33–34).

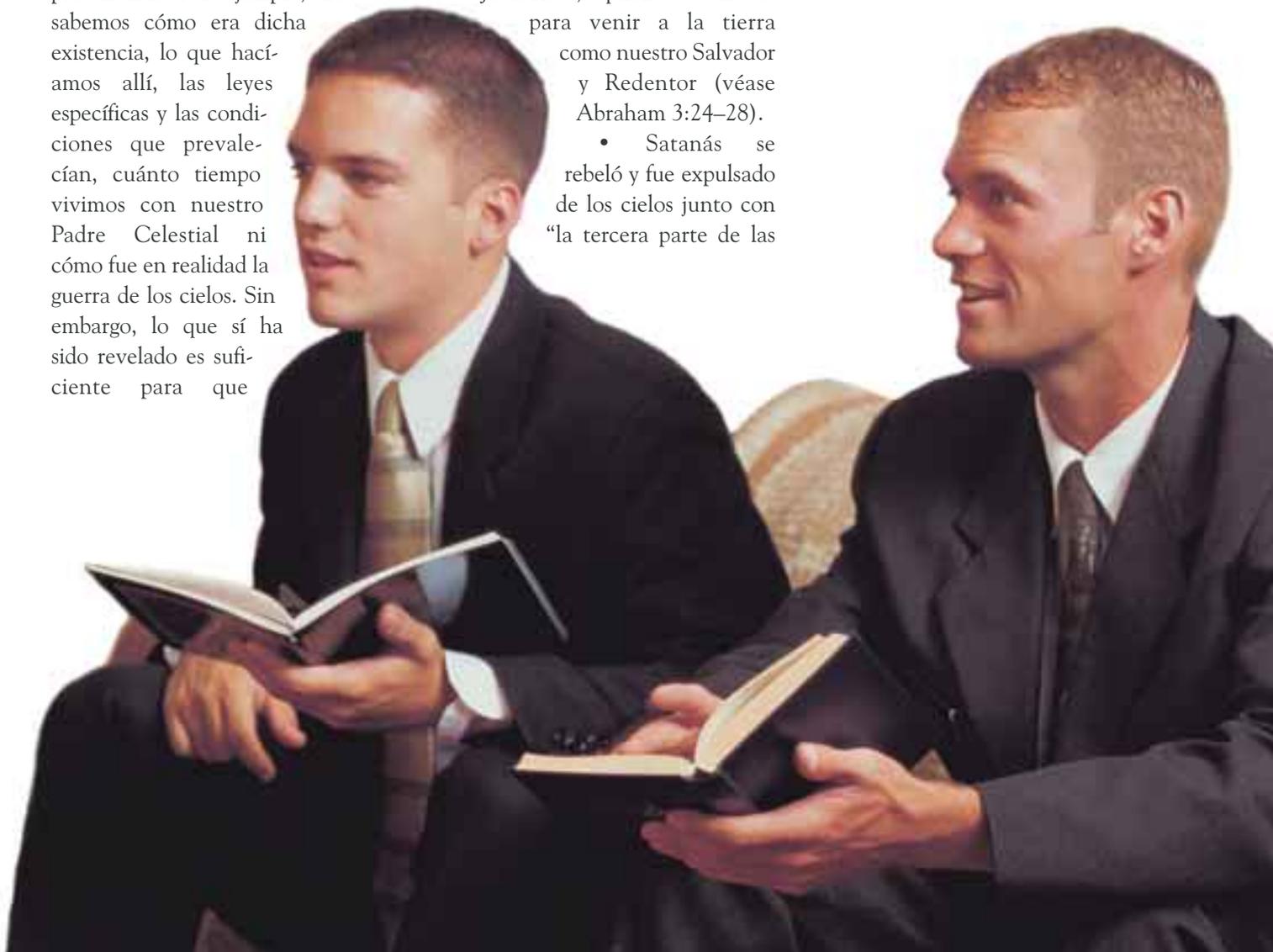
- Asistimos a un Concilio de los cielos donde se nos presentó el plan del Padre y escogimos seguir a Jesucristo, quien se ofreció para venir a la tierra como nuestro Salvador y Redentor (véase Abraham 3:24–28).

- Satanás se rebeló y fue expulsado de los cielos junto con “la tercera parte de las

huestes del cielo”, quienes ahora trabajan con una determinación diabólica para destruir nuestras almas (véase D. y C. 29:36–39).

- Venimos a esta vida terrenal sin el recuerdo de nuestra existencia anterior, pero venimos con talentos y dones individuales, así como debilidades, las cuales debemos vencer (véase Éter 12:27; D. y C. 104:17; 138:55–56; Abraham 3:23).

- La vida terrenal no es el comienzo ni el final, pero es tanto una prueba como una etapa crucial de nuestro desarrollo continuo. Nuestros actos, al pasar por esta prueba, determinan nuestro futuro eterno (véase Abraham 3:25–26). □



Joseph y Lucy Mack Smith fueron los primeros en oír de la aparición de Dios el Padre y de Jesucristo a su hijo José Smith. A partir de entonces, sacrificaron todo lo que tenían por el Evangelio.

Los fieles primeros creyentes

por Donald L. Enders

ILUSTRADO POR PAUL MANN.

Cuando el profeta José Smith administraba las ordenanzas asociadas con la investidura en el Templo de Kirtland en enero de 1836, contempló una visión del reino celestial. Al buscar las palabras para expresar “su gloria”, describió “la incomparable belleza” de su puerta, semejante a “llamas circundantes de fuego”, sus “hermosas calles”, y al Padre y al Hijo sentados sobre “el refulgente trono de Dios” (D. y C. 137:1–4). Para su gran gozo, también vio a su hermano Alvin “y a mi padre, y a mi madre” (D. y C. 137:5).

Alvin había muerto hacía trece años. Su vida virtuosa, su apoyo a la misión de José y su obediencia a los mandamientos explican su estado de exaltación. Sin embargo, los padres de José todavía estaban vivos. Entonces, ¿cómo podía mostrársele su exaltación?

La respuesta vino cuando el Señor prosiguió con Su explicación: “pues yo, el Señor, juzgaré a todos los hombres según sus obras, según el deseo de sus corazones” (D. y C. 137:9).

¿Cuáles fueron las obras y los deseos de Joseph Smith, padre, y de Lucy Mack Smith, esos fieles primeros creyentes del Evangelio restaurado, que pueden inspirar a los Santos de los Últimos Días actuales en nuestra propia búsqueda de la gloria celestial? Para ser breve, ellos buscaron la verdad, la encontraron y se aferraron a ella desde entonces (véase Mateo 7:8).

En Nueva Inglaterra *buscaron* la verdad del Evangelio; en Nueva York la *encontraron*. En Ohio, en Misuri y en Illinois *vivieron* fieles al Evangelio sin retroceder ante sacrificios, pobreza, sufrimiento físico, el escarnio del mundo y la tristeza por la muerte de sus seres queridos. En todo momento de sus vidas enseñaron con denuedo

los principios del Evangelio a su familia, ofrecieron servicio desinteresado y testificaron de forma constante sobre la bondad de Dios.

LA BÚSQUEDA DEL EVANGELIO

De niños, tanto Joseph Smith, padre, como Lucy Mack se criaron en hogares religiosos e industrioses de Nueva Inglaterra. Joseph, nacido en 1771, hijo de Asael y de Mary Duty Smith, de Topsfield, estado de Massachussets, fue el tercero de once hijos. Lucy, nacida en 1775 en Gilsun, estado de New Hampshire, era la menor de los ocho hijos de Solomon y Lydia Gates Mack. Los padres de ambas familias enseñaron a sus hijos su deber ante Dios, el trabajo duro, la unidad familiar, a leer y a escribir y a tener una conducta propia de una sociedad educada.

Ambas familias, al igual que muchas otras de la época, eran “buscadores” que tomaban la Biblia y la oración personal en serio, pero que presentían que el grueso de la cristiandad se había alejado de las Escrituras. En consecuencia, anhelaban un renacimiento de la Iglesia de Cristo. El padre de Joseph Smith, padre, Asael, creía que un profeta de los últimos días nacería de su descendencia. La infancia y la adolescencia de Lucy se vieron profundamente afectadas por la bondad de su madre y por el ejemplo de dos hermanas mayores que profesaban una fe inquebrantable, aun durante una larga enfermedad terminal.

Joseph Smith, padre, precedió a Lucy y a los niños en su viaje a Palmyra, Nueva York. Para cuando la familia volvió a reunirse, sus hijos le rodearon y le cubrieron el rostro de lágrimas y besos.



Siendo una jovencita, Lucy buscó “un cambio de corazón” que la acercase a Dios.

A los diecinueve años de edad, Lucy acompañó a su hermano Stephen en un viaje de negocios a Tunbridge, estado de Vermont, donde conoció a Joseph, de veintitrés. Un año de amistad se convirtió en amor y se casaron el 24 de enero de 1796. Se trataba de un enlace muy prometedor. Ambos disfrutaban de buena salud, estaban rodeados de familiares y amigos y habían ahorrado algo de dinero. De acuerdo con la cultura tradicional de Nueva Inglaterra, esa prosperidad y aceptación social eran señales inequívocas de la gracia de Dios. Pero, durante los veinte años que vivieron en las ciudades vecinas a Vermont y New Hampshire, ambos aprendieron la dura pero importante lección de que la vida no era tan sencilla como parecía.

Cuando en 1816 se mudaron a Palmyra, Nueva York, habían sido objeto de casi toda clase de pruebas. Dos de sus diez hijos habían fallecido; se habían empobrecido debido a una depresión económica nacional y a un socio deshonesto; el mal tiempo había causado que se quedaran sin cosecha durante tres estaciones seguidas. Lucy estuvo al borde de la muerte por causa de la tuberculosis que había matado a sus dos hermanas, y una epidemia de tifus atacó a todos los hijos de Joseph y Lucy. La vida de la pequeña Sophronia fue preservada sólo después de que sus padres oraron fervientemente de rodillas en su lecho, con “dolor y súplica”. Y el pequeño José, de siete u ocho años, sufrió una infección ósea que requirió una operación quirúrgica, la que estuvo a punto de dejarlo tullido. La buena reputación de la familia también había sufrido al igual que su fortuna, y sus conciudadanos de Vermont les advirtieron que se mudasen para que la ciudad no tuviera que proporcionarles ayuda.

Fue también una época de fortalecimiento y refinamiento espiritual. Cuando Lucy se había dado por vencida para morir de tuberculosis, hizo convenio de servir a Dios todos sus días y de buscar “la religión que le permitiera servirle correctamente”, aun si “viniera del cielo mediante la oración y la fe”. Sanó y buscó fielmente esa religión durante las siguientes dos décadas, sin entender que su hijo pronto se la daría a conocer. “Durante días, meses y años continuó preguntando a Dios”, sin cesar, “que le revelase... los tesoros escondidos de Su voluntad”. La falta

de confianza de Joseph Smith, padre, hacia la religión organizada no le permitía compartir la búsqueda de su esposa entre las iglesias a las que ella tenía acceso, pero ese hecho no llegó a convertirse en una fuente de contención entre ambos. Más bien, ella oraba sinceramente en busca de consuelo, el cual recibió a través de un sueño en el que se le aseguró que su marido aceptaría la verdad cuando le fuera presentada.

Lucy escribió: “Sentíamos la necesidad de reconocer la mano de Dios en la preservación de nuestras vidas a lo largo de un asedio desesperante de enfermedad, dolor y problemas, más que si hubiésemos disfrutado de salud y prosperidad”. Perdonaron a sus deudores, saldaron sus deudas y buscaron en unión mejorar su situación económica mudándose al oeste de Nueva York.

Joseph Smith, padre, precedió a Lucy y a los niños en su viaje a Palmyra. Para cuando la familia volvió a reunirse, el dinero disponible se había reducido a unos pocos centavos. Pero la llegada destacó dos características importantes de la familia. En primer lugar, el gozo obvio de volver a estar juntos. Lucy escribió que se sintió dichosa “al estar nuevamente, junto con mis hijos, bajo el cuidado y el afecto de un esposo y padre tierno”, y al contemplar a sus hijos “rodeando a su padre, colgándose de su cuello y llenándole el rostro de lágrimas y besos, los cuales él devolvía de todo corazón”. En segundo lugar, estaba la forma en que la familia, en unión, buscaba la solución de sus problemas. Lucy dijo: “Todos nos sentamos y de forma madura deliberamos juntos en cuanto a qué curso era mejor tomar [y] cómo debíamos poner manos a la obra”. Joseph Smith, padre, Alvin y Hyrum trabajaron para pagar la tierra. Para mantener la casa y tener provisiones, Lucy, con la ayuda de Sophronia y los niños más pequeños, se hicieron cargo de las tareas de la casa y vendían los lienzos artísticos de Lucy. También horneaban galletitas y preparaban zarzaparrilla, todo lo cual el joven José vendía en el pueblo subido a un carro de mano casero.

EL HALLAR EL EVANGELIO

Gracias al esfuerzo unido de la familia, sus circunstancias económicas mejoraron grandemente. Dos años después de su llegada a Palmyra como “extranjeros, destituidos de amigos, hogar y empleo”, escribió Lucy,



La familia Smith hizo frente a sus problemas al deli-berarlos en unión. Sus decisiones conjuntas hicieron de cada integrante de la familia una parte importante de la solución.

“pudimos asentarnos en nuestra propia tierra, en una cabaña bien protegida y cómoda, aunque humilde, construida por nosotros mismos y amueblada con buen gusto”.

El deseo incesante de Lucy de encontrar la verdad espiritual estaba a punto de dar fruto. En la primavera de 1820, su hijo José, de catorce años, experimentó la Primera Visión, en la que vio al Padre y al Hijo, sus pecados le fueron perdonados, se le mandó no unirse a ninguna iglesia y se le indicó que el Evangelio pronto sería restaurado en su plenitud. Tres años más tarde, el mensajero celestial Moroni instruyó a José en cuanto a que había sido escogido por el Señor para sacar a luz un antiguo libro que contenía “la plenitud del evangelio eterno” (José Smith—Historia 1:34).

Moroni mandó también a José que hablara a su padre respecto a esa visita, lo cual hizo. Su padre creyó por completo y José obtuvo el apoyo pleno de su familia, incluso el de sus hermanos y hermanas. “Estábamos convencidos de que Dios estaba a punto de sacar a luz

algo que deleitaría nuestra mente”, escribió Lucy. “Nos regocijamos en ello con un gozo sobremanera”.

Ella registra un tierno recuerdo de toda la familia, reunidos alrededor de la hoguera después del día de trabajo, escuchando al joven José con gran atención mientras les relataba incidentes del Libro de Mormón. “La más dulce unión y felicidad invadían nuestro hogar; ningún desacuerdo ni disputa perturbó nuestra paz, y la tranquilidad reinaba entre nosotros”. Lucy y Joseph Smith, padre, se dieron cuenta de que ése era un tesoro eterno, mientras que el mundo apenas podía ofrecer sino cosas vanas.

A pesar de lo dulce que era ese conocimiento, los siete años entre la primera visita de Moroni la noche del 21 al 22 de septiembre de 1823 y la organización oficial de la Iglesia el 6 de abril de 1830, fueron épocas de grandes pruebas para Joseph y Lucy. Acordaron la compra de un terreno boscoso en Manchester, Nueva York; comenzaron a limpiar la tierra, construyeron una cabaña de troncos, un granero y cobertizos; plantaron un huerto de árboles frutales y dieron comienzo a la construcción de una gran casa de madera al estilo de Nueva Inglaterra. Para 1830, la granja se encontraba entre las mejores de la región y era conocida por su “orden y limpieza”.

La familia sufrió un duro revés con la repentina muerte de Alvin, tan sólo seis semanas después de la visita del ángel Moroni. La “felicidad de la familia desapareció en un instante” y Joseph, Lucy y los niños “quedaron por primera vez... sumergidos en el dolor”. Después de esos penosos acontecimientos, perdieron el derecho al título de propiedad de la granja. Alvin había ganado dinero suficiente para todos los pagos excepto el último “después de mucho trabajo, sufrimiento y fatiga” antes de su muerte, y también había comenzado la construcción de una nueva casa de madera. Cuando el primer agente inmobiliario falleció, hubo un malentendido y, por medio del engaño, el carpintero que habían contratado para finalizar la casa adquirió el título. Un caballero cuáquero los rescató cuando compró la tierra y les permitió vivir en la granja y en la cabaña durante los cuatro años siguientes a cambio del trabajo de su hijo Samuel.

Uno de los recuerdos más conmovedores de Lucy es el de la desesperación que sintió cuando se percató de que iban a perder la casa que había sido diseñada por su amado Alvin con el expreso propósito de que ella y su esposo estuvieran cómodos ya entrados en años. “Ese hecho me sobrecogió y caí en una silla, privada casi de toda sensibilidad”, escribió. Le preguntó a Hyrum: “¿Qué significa esto?... ¿Cómo es que todo lo que hemos ganado en los últimos diez años nos lo quitan en un instante?”. Era natural que tuviera esos sentimientos, pero cuando tuvieron que mudarse de la casa tres años más tarde, le dijo a Oliver Cowdery, quien vivía con ellos: “Miro a mi alrededor todas estas cosas que han sido recogidas para mi felicidad y que son el fruto de años de esfuerzo... Ahora lo entrego todo en favor de Cristo y la salvación, y es mi oración que Dios me ayude a hacerlo sin murmurar ni derramar una lágrima... No depositaré ni una mirada codiciosa sobre nada de lo que dejo atrás”.

También habló por su esposo. Lo que dejaron atrás era algo más que un hogar cómodo. El resentimiento había ido creciendo de forma constante hacia ellos a causa de las experiencias espirituales de José. La mayor parte de sus antiguos vecinos y amigos les dieron la espalda; algunos llegaron a mentir sobre ellos deliberadamente. Otros se aprovecharon de ellos, robando su propiedad y sometiéndolos a denuncias frívolas.

En favor de Joseph y de Lucy, se puede decir que ellos no se volvieron rencorosos ni vengativos. “Redoblamos nuestra diligencia en la oración a Dios para que José pudiera ser instruido y preservado más plenamente”, escribió Lucy. Ellos fueron los primeros en saber del llamamiento de José Smith, hijo, y de aceptarlo; en sentir su pena por la pérdida de las primeras 116 páginas del Libro de Mormón; en ayudarlo a esconder las planchas; en oír el testimonio de los Tres Testigos, y se encontraron entre los primeros en ser bautizados. Joseph Smith, padre, y dos hijos, Hyrum y Samuel, formaron parte de los Ocho Testigos.

En un dulce momento, Lucy se vio casi intimidada al darse cuenta de que “soy de hecho la madre de un profeta del Dios del cielo, el honrado instrumento para efectuar tan grande obra”. En otro momento inolvidable, su hijo profeta abrazó a su padre e inmediatamente después del bautismo de éste exclamó: “[¡Alabo a] mi Dios! ¡He vivido para ver a mi propio padre ser bautizado en la Iglesia verdadera de Jesucristo!”

EL VIVIR EL EVANGELIO

La búsqueda de Joseph Smith, padre, y de Lucy de la verdad religiosa se extendió desde su juventud a lo largo de treinta y cuatro años de matrimonio. En los diez años anteriores a la muerte de Joseph Smith, padre, en 1840, ambos caminaron de forma firme por el sendero que se extendía ante ellos, con la confianza de que si servían a Dios con todo su corazón, permanecerían sin mancha ante Él en el último día (véase D. y C. 4:2).

Joseph y Lucy no volvieron a poseer un hogar propio. En Kirtland vivieron en una granja a poca distancia de la ciudad que se le había facilitado a su hijo José. Allí, “exhaustos por el trabajo duro”, acomodaron, alimentaron y predicaron a “grandes concursos de gente” que se estaban trasladando a Kirtland. En Misuri, el profeta José hizo los arreglos para que ellos y sus hermanas casadas administraran una posada en Far West. En Nauvoo, con Joseph Smith, padre, padeciendo las secuelas de su enfermedad final, vivieron en una pequeña morada cerca del hogar de José Smith, hijo. A pesar de las circunstancias difíciles, éstas no impidieron que cumplieran con su convenio bautismal de llevar las cargas los unos de los otros y ser testigos del Evangelio (véase Mosíah 18:8–9).



Inicialmente desolada por la pérdida de su hogar, Lucy halló fuerza en su fe. “Ahora lo entrego todo en favor de Cristo”, dijo. “No depositaré ni una mirada de codicia sobre nada de lo que dejo atrás”.

Lucy sabía cuidar muy bien a los enfermos y Joseph le era de gran apoyo. Un vecino de Palmyra los alabó diciendo que eran “la mejor familia del vecindario en caso de enfermedad; y uno de ellos estuvo en mi casa casi todo el tiempo cuando falleció mi padre”. En Far West, Lucy asumió con toda disposición el cuidado de “veinte o treinta personas enfermas... durante la persecución”. Cuando se prepararon los terrenos para establecerse en Nauvoo y había “decenas de niños muriendo de escorbuto”, el profeta José y Hyrum “apartaron a su querida madre para trabajar y cuidar de los enfermos”. Ella “dedicó meses entre los santos pobres y enfermos”. Un joven vecino llamó a Lucy “una de las mujeres más buenas, siempre dispuesta a ayudar a los que tenían necesidad”.

Joseph y Lucy compartieron de forma hospitalaria todo lo que tenían. En los años previos a la restauración de la Iglesia, recibieron a un niño huérfano en su hogar así como a dos personas ancianas. Una pareja recién casada vivió con ellos durante varios meses en Kirtland.

En esa ciudad, en Misuri y en Nauvoo, con frecuencia cedieron todas las camas de su casa a sus invitados, mientras que Joseph y Lucy compartían una sola manta dispuesta sobre el suelo. Dieron de comer a los recién llegados y a los misioneros, organizaron consejos y reuniones de la Iglesia, hicieron de su hogar un refugio en el que se podían dar bendiciones patriarcales en un ambiente espiritual, asesoraban a los demás en forma personal y celebraban conversaciones sobre doctrina y una reunión espiritual familiar con himnos y oraciones cada atardecer.

Su testimonio de la veracidad del Evangelio fortaleció a los miembros y fue un desafío para los críticos. Un residente de Palmyra compró el pagaré de un préstamo que se le había hecho a Joseph Smith, padre, y exigió su pago inmediato, mas ofreció perdonar la deuda si quemaba el Libro de Mormón. Aunque estaba enfermo, Joseph Smith, padre, rehusó hacerlo y pasó varias semanas en la cárcel de morosos.

Joseph Smith, padre, ordenado élder en junio de 1830, en seguida predicó el Evangelio a sus padres y hermanos. A pesar de una amarga oposición e indiferencia por parte de algunos, su gozo fue grande cuando sus hermanos John, Asael, hijo, y Silas se convirtieron y se congregaron

con los santos. A los 65 años, siendo Patriarca de la Iglesia, partió en una misión patriarcal para servir a los miembros del este de los Estados Unidos. Para cuando falleció, había dado varios cientos de bendiciones patriarcales de ánimo y de inspiración. Sirvió en el primer sumo consejo de la Iglesia en Kirtland y en 1834 fue ordenado con Hyrum como Presidente Auxiliar de la Iglesia. En la dedicación del Templo de Kirtland, este siervo del Señor entrado en años contempló cosas maravillosas.

Lucy no se quedaba atrás en valor. Cuando un ministro de su iglesia anterior la presionó para que negara el Libro de Mormón, ella le desafió diciendo: “Mientras Dios me dé vida, aun cuando torturaran mi carne con brasas y me quemaran en la hoguera, declararé que este registro... es verdadero”.

En otra ocasión, cuando algunos de los élderes consideraron que el ser reconocidos como Santos de los Últimos Días acarrearía persecución sobre ellos, Lucy declaró con valentía: “Diré a la gente quién soy exactamente”. Cuando un ministro se mofó del Libro de Mormón, Lucy testificó: “Señor, permítame decirle osadamente que el Libro de Mormón contiene el Evangelio eterno y que fue escrito para la salvación de su alma por el don y el poder del Espíritu Santo”. Siete meses después del asesinato de José y de Hyrum, Lucy, hablando por sí misma y por su esposo ya fallecido, clamó: “Inmerso en nuestro corazón ha estado el colaborar en el avance de este reino para que pueda llenar toda la tierra”.

Tanto Joseph Smith, padre, como Lucy recibieron todas las ordenanzas del templo que en aquel entonces estaban disponibles para los miembros de la Iglesia. En el caso de Joseph Smith, padre, él recibió las ordenanzas preparatorias en el Templo de Kirtland. Lucy recibió las ordenanzas preliminares y la investidura en el Templo de Nauvoo el 10 de diciembre de 1845.

LECCIONES QUE APRENDEMOS DE LUCY Y DE JOSEPH

¿Qué lecciones aprendemos hoy en día de esos fieles creyentes? En primer lugar, siendo padres enseñaron a sus hijos a obedecer el Evangelio, a trabajar duro y en unión, y a orar incesantemente en busca de guía y las bendiciones deseadas. Sus ejemplos igualaban a sus preceptos.

Segundo, dieron el ejemplo a sus hijos en cuanto a valorar la verdad dondequiera que la encontraran. De

buena voluntad, aun dichosamente, aprendieron de uno de sus hijos en vez de sentir que, como padres, eran ellos los que tenían que saber todas las respuestas.

Tercero, la devoción al Evangelio fue su prioridad principal. Aun cuando fueron llamados a soportar la pobreza, la desesperación, la enfermedad y el escarnio, no dudaron en su alianza a la verdad.

Cuarto, aunque tenían pocos medios, los compartieron de forma gustosa y sirvieron a los demás santos y a la comunidad tanto como pudieron.

Quinto, mantuvieron unida a su familia. Ya fuera que se les expulsara por la persecución o que se congregaran con los santos, Joseph Smith, padre, y Lucy llevaron consigo incluso a sus hijos casados, nutriendo así su fe, cuidando de ellos cuando estaban enfermos y proporcionándoles apoyo amoroso.

Sexto, perseveraron hasta el fin. A pesar de las pruebas y el sufrimiento que pudieran haber sido causa de amargura y que hicieran que dudaran de su fe, permanecieron fieles. En 1840, Joseph Smith, padre, falleció siendo Patriarca de la Iglesia, rodeado de sus familiares y de los santos. Su esposa, de 70 años, permaneció en Nauvoo con sus cuatro hijos que quedaban vivos y su nuera, Emma, cuando los santos partieron en 1846; pero la fe de Lucy en la misión de su hijo José jamás vaciló.

Siendo los primeros creyentes, ella y su esposo fijaron un nivel de lo que es ser padres ejemplares y de devoción del uno hacia el otro y hacia la verdad. Su ejemplo ilumina el camino a todas las familias Santos de los Últimos Días de nuestra época. □

Donald L. Enders, miembro del Barrio Kaysville 11, Estaca Kaysville, Utah Sur, es jefe del equipo de conservación de los Lugares Históricos, del Departamento de Historia de la Iglesia y Familiar, para el Museo de Historia y Arte de la Iglesia.

Las notas finales están disponibles en inglés y se pueden solicitar a Liahona, Floor 24, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150-3223, USA.

Joseph y Lucy compartieron de forma hospitalaria todo lo que tenían. En Kirtland, en Misuri y en Nauvoo, con frecuencia cedieron todas las camas de su casa a sus invitados, mientras que ellos compartieron una sola manta dispuesta sobre el suelo.



El poder del ejemplo

por Carlos Pérez

ILUSTRADO POR PAT GERBER; FOTOGRAFÍA POR CRAIG DIMOND.

Cuando terminé la secundaria me enrolé en el ejército ecuatoriano, donde serví durante un año. Mientras preparaba mis pertenencias, incluí un ejemplar del Libro de Mormón y el himnario. En ese momento no me di cuenta del gran efecto que el Libro de Mormón tendría en mi vida.

Fui asignado a una compañía de 104 jóvenes y, después de observar su comportamiento, supuse que yo era el único Santo de los Últimos Días. Quería ser un buen ejemplo, así que intenté dar lo mejor de mí mismo en cada tarea que se me asignara.

Era casi imposible encontrar tiempo para leer las Escrituras. Sólo teníamos quince minutos para prepararnos para el almuerzo y media hora libre por la noche, tiempo que dediqué a la lectura del Libro de Mormón.

No me percaté de que había gente que me observaba, y al poco tiempo descubrieron que era miembro de la Iglesia. Al principio se reían de mí, pero yo sabía que sus palabras no podían herirme. Cada día intentaba poner en práctica lo que había leído en el Libro de Mormón.

Un día, al estar leyendo, quedé impresionado con el pasaje de 3 Nefi 12:16: “por lo tanto, así alumbre vuestra luz delante de este pueblo, de modo que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. Le pedí a mi Padre Celestial que me ayudara a ser un ejemplo a los demás, y con el tiempo me gané el respeto de los hombres y de los oficiales de mi compañía.

Mi servicio en el ejército iba bien hasta que un día mi amigo descubrió que el cargador de su arma automática había desaparecido. En mi país, el robar una cosa de ese tipo es un crimen serio contra el gobierno y se castiga con el encarcelamiento. Toda la compañía buscó la pieza perdida durante tres días, el tiempo que se nos había concedido para encontrarla. No revisé mi armario porque sabía que yo no la había tomado.

El capitán de la compañía, miembro de una iglesia evangélica, autorizó la búsqueda en todas las taquillas.

Todos los miembros de la compañía estaban presentes cuando se inspeccionó la mía, y me quedé atónito cuando allí hallaron la parte perdida del arma. No tenía idea de cómo había llegado a parar allí.

Fue un momento doloroso; sabía que el capitán podía enviarme a la cárcel. Los miembros de mi compañía estaban a mi alrededor, observando, preocupados por lo que iba a sucederme. El cuarto estaba en silencio mientras esperábamos oír lo que iba a decir el capitán.

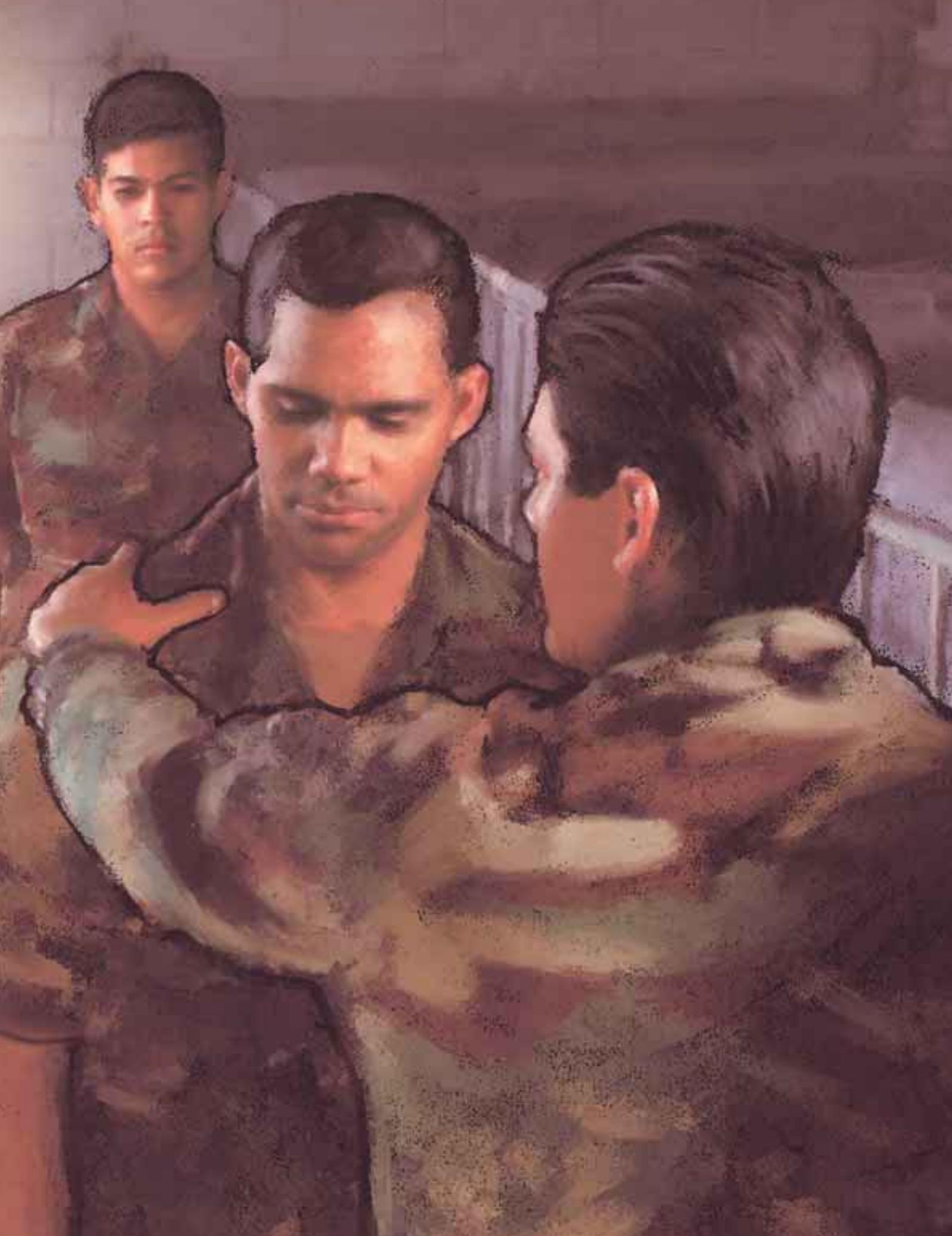
Me mandó que me acercara y en voz baja me pidió una explicación. Todo lo que pude decir fue: “No lo sé”. Me miró, y entonces dijo estas palabras: “He observado su conducta todo este tiempo y sé que usted no lo hizo”. Entonces otro oficial dijo al capitán: “También yo creo que este soldado no lo hizo”. Uno por uno, todos los demás oficiales se acercaron a mí y me ofrecieron su apoyo.

Hasta ese momento no me había dado plena cuenta de la bendición de la obediencia ni del poder del ejemplo. Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas y reconocí el poder protector de mi Salvador. Sabía que Él estaba a mi lado. Gracias a esa experiencia, aquel versículo de 3 Nefi que me había impresionado antes siempre permanecerá grabado en mi mente. Estoy agradecido porque el Libro de Mormón me enseñó a ser una luz y un ejemplo.

Días después, uno de mis amigos de la compañía se acercó y me dijo que había conocido a los misioneros y que iba a bautizarse la semana siguiente en la ciudad de Guayaquil. Mi felicidad fue completa cuando le vi unirse a la Iglesia verdadera.

Posteriormente serví como soldado de tiempo completo para el Señor, compartiendo el Evangelio como misionero en la Misión Ecuador Quito. Sé que Jesucristo vive y que es nuestro ejemplo perfecto. □

Carlos Pérez es miembro del Barrio Gallegos Lara, Estaca Prosperina, Guayaquil, Ecuador.



Cómo utilizar la revista *Liahona* de febrero de 2001

¿Está usted buscando un relato o una cita para un discurso, una clase, una lección de la noche de hogar o un pensamiento espiritual de seminario? Podrá encontrar algunas ideas útiles en este número de *Liahona*. (Los números de la derecha se refieren a las páginas de este número. A=Amigos).

IDEAS PARA ANALIZAR: DOCTRINA Y CONVENIOS Y LA HISTORIA DE LA IGLESIA

■ “El descubrimiento de las raíces del Evangelio en Gran Bretaña”, pág. 8: Los cerros Malven, la granja de John Benbow y la capilla de Gadfield Elm son importantes porque en ellos tuvieron lugar acontecimientos importantes que fortalecieron a la Iglesia en sus primeros años. ¿Qué lugares de su área son importantes para la historia local de la Iglesia?

■ “Testigos inseparables de Jesucristo”, pág. 14: Analicen cómo las Escrituras antiguas prepararon el camino para la revelación moderna.

■ “Los fieles primeros creyentes”, pág. 38: ¿Cómo pueden llevar a la práctica en su familia las seis lecciones que aprendemos de la vida de los padres del profeta José Smith?

■ “Escudriñad estos mandamientos”, pág. A16: ¿Cómo puede su familia disfrutar este año del estudio del “inspirado y notable mensaje” de Doctrina y Convenios?



TEMAS DE ESTE NÚMERO

Adversidad	22
Bautismo	2
Caridad.....	30
Conversión.....	30
Discapacidades	A4
Doctrina y Convenios.....	14, 48, A16
Ejemplo	46, A7
Espíritu Santo	30
Familias en las que no todos son miembros de la Iglesia.....	26
Fe	38
Historia de la Iglesia	8, 38, 48
Iglesia mundial.....	8
Jesucristo.....	14, A12, A14
Juan el Bautista.....	2
Libro de Mormón	14, 30, 46
Maestras Visitantes	25
Obediencia	25
Obra misional.....	26, 30, 36 A7
Oración	25
Orientación familiar.....	7
Paternidad	38
Perspectiva eterna	22
Plan de salvación	36
Primaria	A10
Profetas	28, A10, A16
Relatos del Nuevo Testamento	A12, A14
Restauración.....	14, 38, A2
Sacerdocio Aarónico	2
Sánchez, Luz Karina.....	A4
Servicio	30
Smith, Joseph, padre, y Lucy Mack	38
Vida preterrenal	36

SOLICITUD DE ARTÍCULOS SOBRE EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

Le invitamos a que comparta con nosotros las experiencias e ideas que hayan fortalecido su matrimonio y su familia. Tenga a bien enviar dichos artículos y relatos a *Liahona*, Floor 24, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150—3223, USA, o por correo electrónico a CUR-Liahona-Imag@ldschurch.org. Tenga a bien incluir su nombre completo, dirección, número de teléfono, así como el nombre del barrio y de la estaca (o de la rama y del distrito) a los que pertenezca.

Amigos

PARA LOS NIÑOS DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS ▪ FEBRERO DE 2001



La Primera Vis

por Delores DeVictoria ILLUSTRADO POR JULIE F. YOUNG.

Instrucciones

Separa con cuidado estas dos páginas de la revista y pégalas sobre cartulina gruesa. Recorta las tarjetas y las figuras. Utiliza aritos metálicos para crear las coyunturas de los brazos y de las piernas. Coloca las figuras tal como aparecen en las tarjetas y empléalas para relatar la Primera Visión de José Smith.



1 A los catorce años, José Smith no sabía a qué iglesia unirse. Un día leyó en la Biblia: "...si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios... y le será dada" (Santiago 1:5).



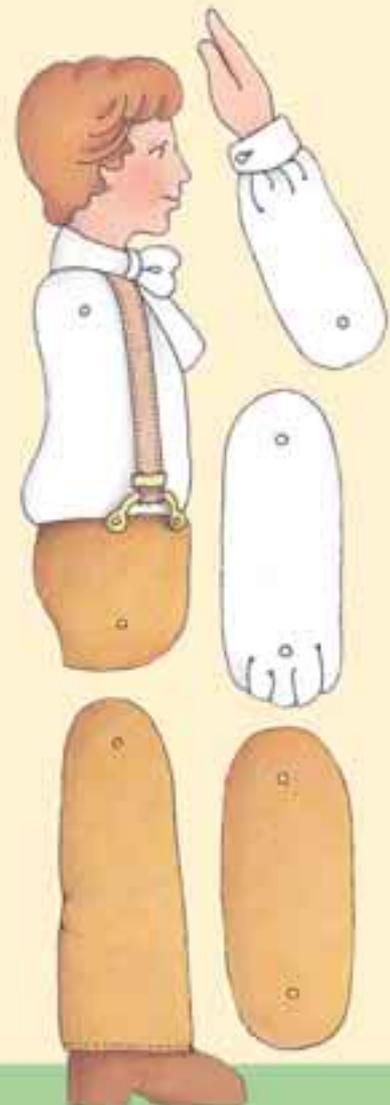
2 José decidió que haría lo que decía el pasaje y le preguntaría a Dios a qué iglesia debía unirse, así que se fue a orar a una arboleda cercana a su hogar.



3 Mientras oraba, apareció una luz brillante sobre su cabeza, y José vio a nuestro Padre Celestial y a Jesucristo. Jesús le dijo que no debía unirse a ninguna iglesia y le dijo también muchas otras cosas.



4 Cuando nuestro Padre Celestial y Jesús se fueron, José sintió un gozo apacible por lo que había visto y oído. José regresó a casa y le contó su experiencia a su familia.



ión de José



DE AMIGO A AMIGO

Luz Karina Sánchez

DE YAGUARÓN, PARAGUAY

por Mary Ann Whetten Lyman

FOTOGRAFÍA POR RICHARD Y MARY ANN WHETTEN LYMAN.

Luz Karina Sánchez, una niña de siete años de Yaguarón, Paraguay, dibuja, da de comer a las gallinas y juega a las canicas, todo ello de forma muy especial, pues lo hace con los pies.

Karina nació sin brazos, pero eso no le impide escribir, dibujar, pasar las páginas de un libro, peinarse, vestirse y comer con un tenedor. Se trata de una niña independiente y con determinación que tiene que pensar cómo hacer con los pies lo que las demás personas apenas pueden hacer con las manos. Federico e Isabel Sánchez, los padres de Karina, dicen que ella se idea cómo hacer las cosas por sí misma para poder hacerlo todo sin ayuda.

El primer nombre de Karina es Luz. Después de nacer, su madre sintió que una paz y un consuelo especiales le llenaban su ser como una luz, así que

llamó Luz al bebé después de que tuvo ese sentimiento especial. Luz Karina continúa siendo una luz y un ejemplo para su madre, el resto de la familia y sus amigos, gracias a su determinación, testimonio y amor.

Es la menor de doce hijos y a Karina le gusta ser parte de una gran familia. Dado que la mayoría de sus hermanos y hermanas son mucho mayores que ella, Karina se siente muy unida a su hermano Germán, de doce años. Germán dice de Karina: "Me gusta porque es feliz y divertida".

Germán siempre la ayuda, pero Karina cuida de una forma muy especial a su sobrina de dos años, Ruth. Quiere mucho a Ruth y la deja que se sujete a la manga de su súeter cuando están juntas. Karina camina despacio para que Ruth pueda seguirle el ritmo y se asegura de que los demás se percaten de la pequeña y le presten atención.

La familia de Karina se unió a la Iglesia hace casi un año y desde entonces han asistido a la Rama Yaguarón,



del Distrito Paraguari, Paraguay. La familia vive en el campo, a unos 5 kilómetros de la ciudad, así que para ir a la iglesia cada semana caminan cerca de 1 kilómetro y luego toman el autobús. A Karina le gusta la Primaria, especialmente cantar. Unos 10 niños asisten a la Primaria de la Rama Yaguarón.

Karina y Germán son los únicos Santos de los Últimos Días de su escuela. Karina asiste al primer grado y su madre se siente muy orgullosa de su trabajo en la escuela. Dibujar es la asignatura favorita de Karina. Le gusta dibujar cuadros de flores, en especial de la flor de la Nochebuena, una flor muy conocida en Paraguay. También hace retratos de sí misma y de su familia, y siempre se dibuja con brazos.

Los músculos de las piernas y del torso de Karina son muy fuertes; ella es una gran ayuda y trabaja fuerte en la pequeña granja de la familia. En la granja hay un pavo enorme, gallinas y una perrita con muchos cachorros. A Karina le gustan los animales. Una de sus tareas consiste en dar de comer a las gallinas y siempre ha ingeniado su propia forma de hacerlo. Toma el saco del maíz con los pies y lo coloca bajo la barbilla para llevarlo mientras camina. Luego se sienta en una silla, abre el saco con un pie y pone el otro pie en el interior para tomar el maíz y arrojarlo a las gallinas. A Karina también le gusta acariciar a las gallinas; toma con cuidado un pollito con los pies y sostiene al suave y

Extremo izquierdo: A Karina le gusta pintar, en especial dibujos de flores. Arriba, izquierda: Karina mece un pollito bajo su barbilla. Arriba, derecha: Germán, Ruth y Karina. Derecha: Karina demuestra su habilidad con el tirachinas.



sedoso animalito bajo la barbilla.

A Karina también le gusta jugar a las canicas y lo hace muy bien. Con frecuencia les gana a los demás niños y a veces hasta vence a algunos de los misioneros que juegan con ella. Para ello, toma la canica con los dedos del pie y la lanza de una patada, y puede lanzarla con mayor precisión que muchas otras personas que tienen manos.

Karina es también una buena tiradora con tirachinas (honda, resortera). Coloca las tiras de goma en dos dedos del pie, coloca un *coquito* —un coco pequeñito— en la onda con el otro pie, tira de la goma y dispara.





Izquierda: Ruth y Karina, delante, con algunos miembros de su familia. Desde la izquierda: Germán, Juan, Ros (madre de Ruth), Eugenio, Isabel (madre de Karina), Mariela Isabel y Federico (padre de Karina). Abajo: Karina y el élder Lyman tocando sus armónicas.

El élder Richard Lyman, un misionero que visitó su rama, le regaló una armónica. Al principio se sentía tímida e insegura, pero a los pocos minutos ya empleaba los pies para sostener el instrumento y tocar.

Dentro de poco Karina cumplirá ocho años y anhela la llegada de ese día. Espera tener un gran pastel de chocolate recubierto de azúcar glaseado, pero se siente

mucho más emocionada porque se bautizará. Sus padres y los misioneros le están enseñando sobre el bautismo y los convenios que va a hacer, y su padre se está preparando para bautizarla. Tiene muchos deseos de llegar a ser miembro de la Iglesia; ama el Evangelio y le encanta compartirlo.

Luz Karina hace honor a su nombre: ciertamente es una luz para todos los que la conocen. □

Mary Ann Whetten Lyman sirvió como misionera regular con su esposo, Richard, en la Misión Paraguay Asunción.





FICCIÓN

A veces es bueno ser diferente

por Janice Porter Hayes

La familia Pérez se mudó a la casa de enfrente hace casi seis meses. ¡De seguro que son diferentes del resto de las familias del vecindario!

Primero conocí a Nefi, el hijo de once años. Nefi me dijo que sus padres le pusieron ese nombre en honor a un antiguo profeta americano. Yo nunca había oído de ningún profeta americano antiguo, pero él me mostró un libro en el que aparecía su nombre: un libro llamado el Libro de Mormón.

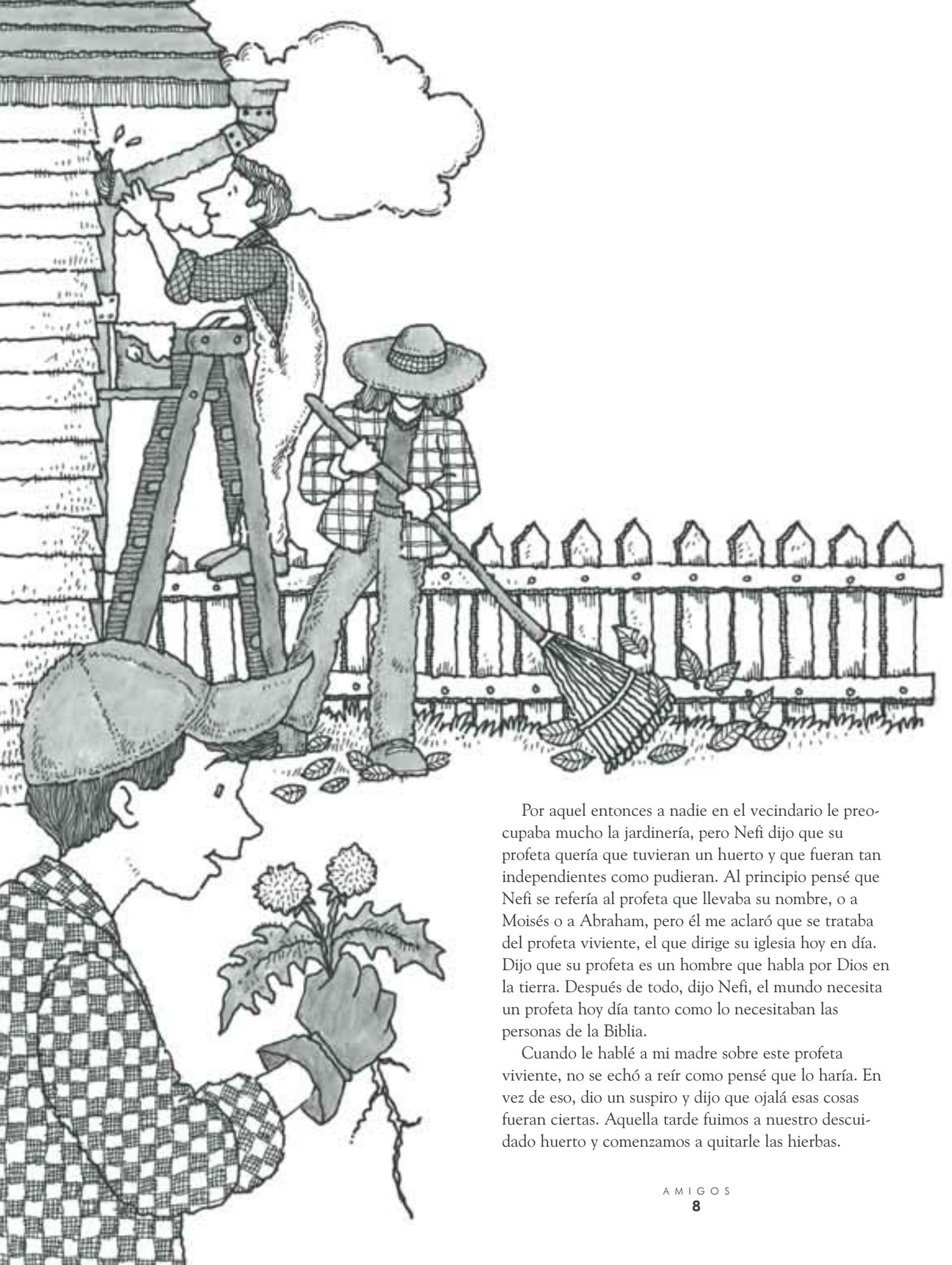
Mi familia va a la iglesia y, a veces, leemos la Biblia, pero nadie de mi familia había oído jamás del Libro de Mormón. Nefi lo llamó un segundo testamento de Jesucristo y dijo que se trataba de un registro antiguo de los tratos del Señor con el pueblo de las Américas. Ésa fue mi primera pista de que Nefi y su familia eran diferentes.

Luego conocí a la hermana mayor de Nefi, Mercedes. No le habían puesto el nombre de un profeta sino el de

su bisabuela, María de las Mercedes, que era española. La bisabuela de Mercedes tenía el pelo negro y se había casado con un hombre de México llamado Alejandro. Mercedes sabe todas estas cosas porque en su familia estudian su historia familiar.

Todo lo que sé de mi familia es que mis padres nacieron en esta ciudad. Me gustaría saber más, pero no me imagino lo que sería dedicar todo el tiempo que la madre de Mercedes dedica al estudio de sus antepasados.

Cuando los Pérez llegaron, todo el vecindario pareció cambiar. Por un lado tenía mejor aspecto. La casa a la que se mudaron no había sido bien cuidada pero poco después de descargar los muebles, los Pérez se dedicaron a reparar su nuevo hogar. Pintaron y arreglaron la puerta delantera y el señor Pérez puso a Nefi a trabajar en el jardín, limpiando las hierbas y removiendo la tierra.



Por aquel entonces a nadie en el vecindario le preocupaba mucho la jardinería, pero Nefi dijo que su profeta quería que tuvieran un huerto y que fueran tan independientes como pudieran. Al principio pensé que Nefi se refería al profeta que llevaba su nombre, o a Moisés o a Abraham, pero él me aclaró que se trataba del profeta viviente, el que dirige su iglesia hoy en día. Dijo que su profeta es un hombre que habla por Dios en la tierra. Después de todo, dijo Nefi, el mundo necesita un profeta hoy día tanto como lo necesitaban las personas de la Biblia.

Cuando le hablé a mi madre sobre este profeta viviente, no se echó a reír como pensé que lo haría. En vez de eso, dio un suspiro y dijo que ojalá esas cosas fueran ciertas. Aquella tarde fuimos a nuestro descuidado huerto y comenzamos a quitarle las hierbas.

Así que mamá, papá y yo limpiamos nuestro huerto y los Pérez limpiaron el suyo. En otoño mamá y la señora Pérez intercambiaron recetas, y la señora Pérez le enseñó a mamá a conservar alimentos. Entonces el papá de Nefi y el mío comenzaron a pescar juntos los sábados y a veces los viernes por la tarde, pero nunca los domingos. Pronto descubrimos lo que los Pérez hacían y no hacían en domingo.

“Es nuestro día de reposo”, me dijo Nefi. Ellos no pescaban ni compraban, ni hacían nada sino pasar tiempo juntos como familia y hacer cosas relacionadas con la iglesia. Sentí lástima por Nefi y Mercedes, pero a ellos no parecía importarles, aun cuando oí los ruidos del estómago de Nefi un domingo en el que habían estado ayunando.



Pero, aunque no lo crean, después de todo lo que he visto de los Pérez, me caen bien. Tal vez se deba a que se ríen mucho y parecen pasárselo bien; o quizás sea porque Nefi ayudó a nuestro equipo de fútbol a ganar algunos partidos; o simplemente porque me siento bien cuando estoy con ellos.

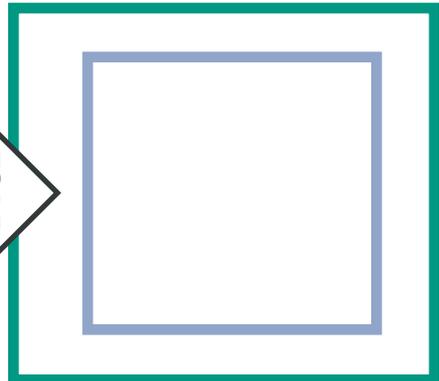
Esta noche, después de cenar, los Pérez van a traer a unos misioneros para contarnos a mis padres y a mí más cosas sobre su iglesia. Mamá ha limpiado la casa y ha preparado un pastel, y Nefi y Mercedes me van a traer un Libro de Mormón.

Pronto sabré todo sobre Nefi el profeta y sobre la historia familiar, los huertos, el día de reposo y muchas cosas más. Hasta aprenderé lo que significa ser diferente, como los Pérez. Creo que a veces es bueno ser diferente. □





Ilustración



NUESTRO PADRE CELESTIAL HABLA POR BOCA DEL PROFETA

por Diane S. Nichols

“Porque recibiréis su palabra con toda fe y paciencia como si viniera de mi propia boca” (D. y C. 21:5).



Haz de cuenta que tu madre te pide que les digas a tus hermanos y hermanas que vengan a cenar. Hablas por tu madre, dándole su mensaje a tu familia. ¿Te escucharán?

Nuestro Padre Celestial ha escogido a ciertos hombres para que hablen por Él. A estos hombres se les llama profetas. Ellos nos enseñan lo que Él desea que sepamos. ¿Escucharemos?

Las Escrituras nos hablan de los profetas a quienes nuestro Padre Celestial ha llamado para que hablen en Su nombre. Noé advirtió a las personas que se arrepintieran o una terrible inundación asolaría la tierra. La familia de Noé escuchó y fueron salvados de la inundación (véase Génesis 6–8; 2 Pedro 2:5).

A Lehi se le mostró que Jesucristo sería el Salvador del mundo. Nefi, el hijo de Lehi, oró para saber si las palabras de su padre eran verdaderas. El Señor lo visitó y Nefi creyó todas las palabras de su padre. Más adelante, Nefi, al igual que su padre, habló en nombre del Señor (véase 1 Nefi 1:18–19; 2:16–18).

José Smith fue al bosque a orar. Nuestro Padre Celestial y Jesucristo se le aparecieron y le dieron instrucciones que hicieron posible la restauración del Evangelio (véase José Smith—Historia 1:11–20).

Hoy día tenemos un profeta viviente, Gordon B. Hinckley. Él es el Presidente de la Iglesia. Fue escogido por Dios y llamado mediante la debida autoridad del sacerdocio. El presidente Hinckley testifica que Jesucristo es el Hijo de Dios. Todos los profetas testifican de Jesucristo y nos enseñan lo que Él desea que hagamos (véase Jacob 7:11; D. y C. 21:1, 4–5).

Cuando oramos a nuestro Padre Celestial, podemos saber que las palabras del profeta son verdaderas. Cuando oigamos al profeta, sabremos que nos habla en nombre del Salvador y, sí, le escucharemos.

Instrucciones

1. Separa la página 10 de la revista y pégala sobre cartulina gruesa. Recorta las piezas del ornamento giratorio.
2. Haz una figura o pega una foto de ti en el recuadro vacío, y escribe tu nombre debajo.
3. Dobra por las líneas de puntos (véase la ilustración). Lee el pasaje que hay bajo la figura de cada profeta.
4. Haz los agujeros donde se indique y pásales un hilo tal como se muestra en la ilustración. Haz un nudo en el extremo inferior del hilo y un lazo en el extremo superior.
5. Cuelga el ornamento giratorio para recordarte lo que el Salvador les dice a los profetas que te digan.

Ideas para el Tiempo para compartir

1. Dé a cada maestro el nombre de un profeta y los pasajes de las Escrituras que hablen sobre lo que hizo o dijo. Ejemplos: Noé (Génesis 6:11–14; 7:5, 7–10); Moisés (Éxodo 14:8–9, 13–14, 21–22); Malaquías (Malaquías 3:10); Abinadí (Mosíah 13:1–5, 9–10); Samuel el Lamanita (Helamán 14:1–8; 16:2–3); Brigham Young (D. y C. 136:1–4). Pida que cada clase represente su situación. Pida a los demás niños que adivinen de qué profeta se trata. Hablen de lo que pasó como consecuencia del mensaje del profeta.
2. Pida a cada maestro que le diga a un niño algo importante de la lección de ese día, y luego pida a cada mensajero que le cuente al resto de la Primaria lo que haya aprendido. Explique que los mensajeros hablaron a toda la Primaria en nombre de sus maestros. Pregunte a todos los niños si alguna vez han sido mensajeros (de sus padres, amigos, hermanos, etc.). Explique que cuando hablamos por otra persona, ésta depende por completo de nosotros para que demos todo el mensaje de manera correcta. Explique que nuestro Padre Celestial envía profetas para dar a conocer Sus mensajes. Pida a varios poseedores del sacerdocio que representen a algunos profetas y que cada uno comparta el mensaje de ese profeta. □

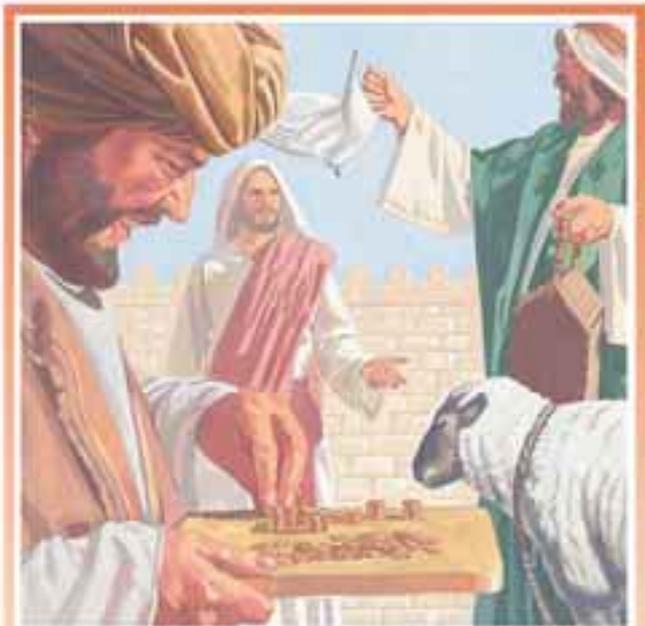
JESÚS Y LA CASA DE SU PADRE CELESTIAL



ILUSTRADO POR ROBERT T BARRET

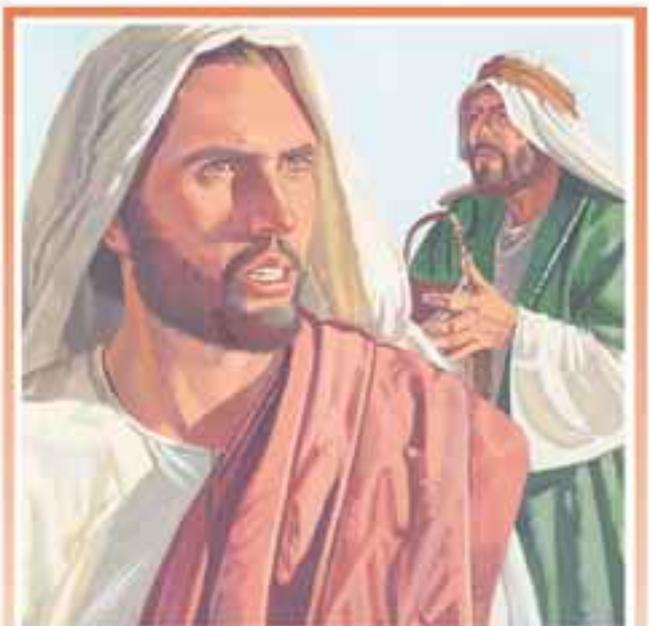
Jesús fue al templo de Jerusalén. Muchas personas iban allí a ofrecer sacrificios matando un animal o quemándolo sobre un altar. El sacrificio ayudaba a la gente a pensar en el Salvador, quien se ofrecería a Sí mismo en sacrificio, sufriendo y muriendo por ellos.

Levítico 1:3-9; Juan 2:13; Moisés 5:5-7



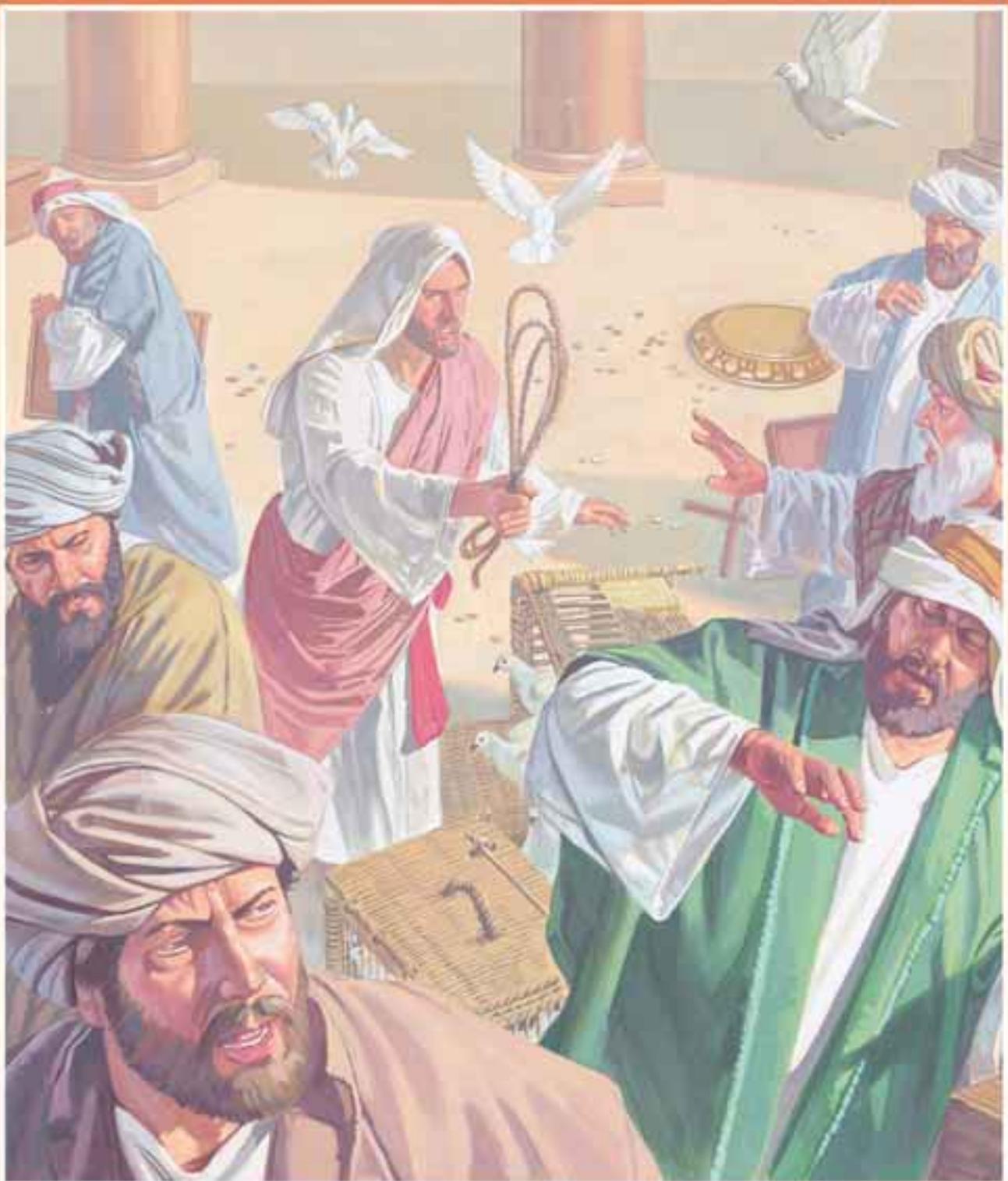
Debido a que muchas personas no tenían animales que sacrificar, otras se los vendían en el templo. Los vendedores sólo querían el dinero; no pensaban en Dios.

Juan 2:14



Jesús vio a la gente vendiendo animales en el templo y les dijo que el templo era la casa de Su Padre Celestial, un lugar santo, y que no quería que nadie vendiera cosas allí.

Juan 2:16



Jesús se hizo un azote de cuerdas, volteó las mesas, tiró el dinero por el suelo e hizo que la gente saliera del templo. No les iba a permitir vender animales y ser irreverentes en la casa de Su Padre Celestial.

Juan 2:15-16

NICODEMO



Nicodemo era un fariseo y un gobernante de los judíos. Muchos fariseos no creían que Jesucristo era enviado de Dios. Nicodemo sí creía que Jesús era enviado de Dios a causa de los milagros que Él hacía.

Juan 3:1-2



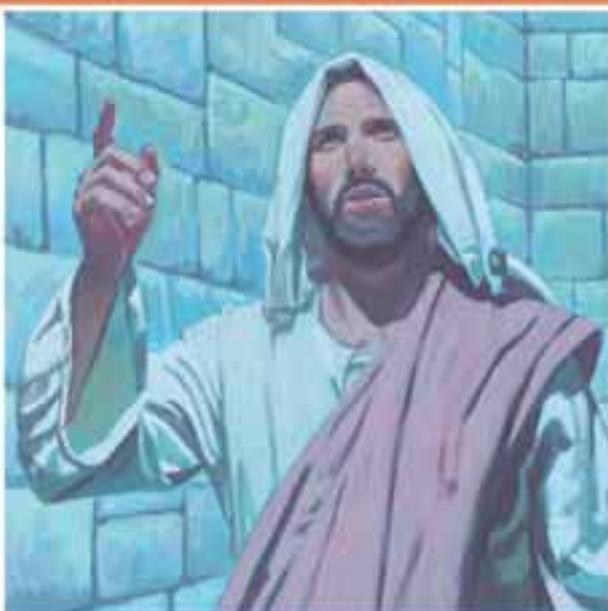
Una noche, Nicodemo habló con el Salvador. Jesús le dijo que nadie podía entrar en el reino de Dios a menos que naciera de nuevo.

Juan 3:3-5



Nicodemo no entendió lo que Jesús quiso decir. ¿Cómo podía nacer de nuevo una persona? El Salvador le explicó que se refería a nacer de nuevo espiritualmente. Para ello, una persona debe ser bautizada y recibir el Espíritu Santo.

Juan 3:5-7



Jesús explicó que nuestro Padre Celestial le había enviado a la tierra para preparar el camino a fin de que pudiéramos regresar a Él. El Salvador testificó que sufriría y moriría en una cruz para que pudiésemos ser salvos si creemos en Él y guardamos Sus mandamientos.

Juan 3:12-17



Dijo que tenemos que hacer aquellas cosas que son correctas y no hacer las que no lo son. Si hacemos lo justo, viviremos para siempre en el reino de Dios.

Juan 3: 18-21

“Escudriñad estos mandamientos”

“Escudriñad estos mandamientos porque son verdaderos y fidedignos, y las profecías y promesas que contienen se cumplirán todas” (D. y C. 1:37).



“Durante este año, todos los miembros de la Iglesia estudian Doctrina y Convenios. Los inspirados y notables mensajes de este libro se enseñan y estudian en muchos idiomas y en cien países del mundo. Es un libro glorioso, lleno de sabiduría divina, y contiene la palabra de Dios para esta generación”.

Gordon B. Hinckley

(“El orden y la voluntad de Dios”, Liahona, agosto de 1989, pág. 2).



“El Libro de Mormón es la ‘piedra angular’ de nuestra religión, y Doctrina y Convenios es la ‘piedra de coronamiento’, con revelación moderna constante. El Señor ha puesto Su sello de aprobación en

ambas piedras”.

Ezra Taft Benson (1899–1994)

(“El Libro de Mormón y Doctrina y Convenios”, Liahona, julio de 1987, pág. 85).

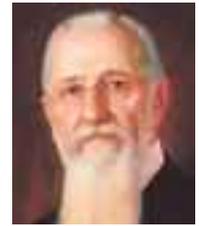
“Doctrina y Convenios está repleto de cosas espléndidas con las que debemos estar familiarizados; pero podemos leer este libro de cabo a rabo y aprenderlo de memoria, y no nos beneficiará en nada a menos que pongamos en práctica sus enseñanzas... Si como pueblo vivimos de acuerdo con esas maravillosas revelaciones que hemos recibido, seremos una luz refulgente y brillante para todo el mundo”.



Heber J. Grant (1856–1945)

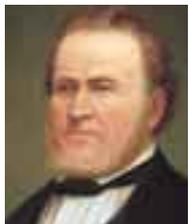
(Gospel Standards, compilado por G. Homer Durham, 1941, págs. 39, 43).

“El libro de Doctrina y Convenios contiene algunos de los principios más maravillosos que se han revelado al mundo, algunos de ellos revelados en mayor plenitud al mundo que en cualquier otra época”.



Joseph F. Smith (1838–1918)

(Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith, 1998, pág. 45).



“El libro de Doctrina y Convenios se les ha dado a los Santos de los Últimos Días para que guíen sus pasos y sus acciones cada día”.

Brigham Young (1801–1877)

(Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia:

Brigham Young, 1997, pág. 130).



“El libro de revelaciones... mostraba que las llaves de los misterios del reino de nuestro Salvador nuevamente se han conferido al hombre, y que las riquezas de la eternidad están al alcance de aquellos que se disponen a vivir de acuerdo con cada palabra que procede de la boca de Dios”.

José Smith (1805–1844).

(Enseñanzas del Profeta José Smith, págs. 2–3).



“Por el don y el poder de Dios”, por Simon Dewey, cortesía del Museo de Historia y Arte de la Iglesia, Quinta Competición Internacional de Arte.

“...mi siervo José Smith, hijo... ha traducido el libro, sí, la parte que le he mandado; y vive vuestro Señor y vuestro Dios, que es verdadero” (D. y C. 17:5–6; véase también D. y C. 135:3).



Con la ayuda de Oliver Cowdery y otros escribas, el profeta José Smith tradujo el Libro de Mormón “por el don y el poder de Dios” (D. y C. 135:3). El libro prueba “al mundo que las Santas Escrituras son verdaderas, y que Dios inspira a los hombres y los llama a su santa obra en esta edad y generación” (D. y C. 20:11). Junto al Libro de Mormón, y como un segundo testigo inseparable, se encuentra Doctrina y Convenios. Véase “Testigos inseparables de Jesucristo”, pág. 14.